

3

El abordaje etnográfico en la investigación social

Aldo Rubén Ameigeiras

Ahora que poseo el secreto podría enunciarlo de cien modos distintos y aun contradictorios. No sé muy bien cómo decirle que el secreto es precioso y que ahora la ciencia, nuestra ciencia me parece una mera frivolidad [...]. el secreto por lo demás no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él. Esos caminos hay que andarlos...

Jorge Luis Borges, «El etnógrafo»

Introducción*

En el presente capítulo realizaré una aproximación al abordaje etnográfico en la investigación social, considerando tanto aspectos epistemológicos, como teórico-metodológicos, con la finalidad de conocer la singularidad de la etnografía en el conjunto de las tradiciones cualitativas. Una tarea de la que, más allá de las conceptos, las argumentaciones y las definiciones, me interesa poder transmitir y compartir algunas apreciaciones acerca de la experiencia profundamente hu-

* Mi agradecimiento al equipo de trabajo del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL) y a mis colegas antropólogos de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), P. Monsalve, F. Suárez y G. Soprano por sus valiosos comentarios y aportes.

mana de hacer etnografía. Soy consciente al respecto de que hablar de etnografía implica movilizar una serie de imágenes vinculadas a la presencia del etnógrafo en el campo, a sus observaciones y registros, a la manera de interactuar y dialogar con los actores, a la peculiaridad de sus textos. Una situación que generalmente conduce, desde la presencia aventurera del «etnógrafo solitario» en lugares diversos, explorando e intentando describir las llamadas «culturas primitivas» (donde el «campo» aparecía lejano, exótico y desconocido) hasta la presencia del etnógrafo actual: un investigador conviviendo en los contextos rurales-urbanos, transitando las barriadas populares de las grandes megalópolis, acompañando a un *ciruja** o un *cartonero*** en su búsqueda diaria de materiales, asistiendo a un *terreiro**** en un templo umbanda en una barriada popular, o viajando en un tren atestado de gente que regresa a sus hogares en los suburbios de la gran metrópoli. Distintas situaciones y posicionamientos vinculados con el ejercicio profesional y la experiencia de hacer etnografía y, tras ellos, una diversidad de caminos posibles que, más allá de su reconocimiento, demandan el compromiso de recorrerlos; de allí que, como afirma el personaje del cuento de Borges, esos caminos... «hay que andarlos».

Tras ellos vamos, comenzando por esta primera y breve aproximación. Surgen, así, numerosas preguntas en torno a dilucidar de qué estamos hablando cuando nos referimos a la etnografía. ¿Se trata de un planteo epistemológico sobre el conocimiento de lo social inserto en una tradición disciplinaria, o se trata de un tipo especial de propuesta metodológica que supone un planteo diferente de lo que significa el trabajo de campo o, finalmente, se trata de un tipo especial de texto, conocido como texto etnográfico? Estos interrogantes generan una respuesta en la que convergen los distintos elementos en juego, en tanto que aludir a la etnografía supone dar cuenta de «su triple acepción de enfoque, método y texto» (Guber, 2001: 12). De esta manera comenzaremos a transitar una reflexión y a participar de una discusión acerca de las particularidades de la misma en el conjunto de las ciencias sociales, y más aún, de su singularidad entre los métodos cualitativos de investigación social. Una «etnografía» que, desde la tradición de la antropología, lleva a cabo un aporte fundamental para las posibilidades

* Ciruja: primera denominación dada en Buenos Aires a los recuperadores de residuos sólidos urbanos. La denominación «cirujas» deriva por analogía con la profesión de cirujano, «cirujanos de la basura», ya que por aquel entonces se recuperaba mucho hueso y se lo separaba con cuchillo.

** Cartonero: denominación actual de los recuperadores de residuos sólidos urbanos de Buenos Aires, difundida durante la crisis de los años 2001-2002, porque entonces se recuperaba principalmente papeles y cartones.

*** Terreiro: templo en donde se reúnen los miembros de religiones afroamericanas.

de la investigación social, en cuanto se constituye como tal, inmersa en los interrogantes y en las respuestas que la antropología ha llevado a cabo en relación con el conocimiento de la otredad socio-cultural. Un tipo de planteo teórico-metodológico que incorpora una estrategia de abordaje de la realidad que permite replantear la forma de construcción del conocimiento en la práctica social, a la vez que requiere, de forma imprescindible, un compromiso fundamental del investigador en su trabajo de campo y en su relación con los actores sociales. Una práctica social de investigación que transforma al investigador, tanto en el proceso de construcción social del conocimiento, como en la conformación de una experiencia vital irremplazable en el trabajo de campo. Un planteo metodológico que, como ha ocurrido en otros planteos en la investigación social, ha sido atravesado por los cuestionamientos que han afectado a las ciencias sociales en general en los últimos tiempos, no solo en relación con aspectos instrumentales, vinculados a distintas modalidades de implementación metodológica de las mismas, sino a aspectos sustantivos en relación con problemas epistemológicos, ontológicos y metodológicos clave de la etnografía. No solo se generan así interrogantes en relación con la singularidad de la «descripción etnográfica», sino, también, con relación a la «autoridad etnográfica» y las peculiaridades del texto etnográfico. Asimismo, preguntas vinculadas con el etnógrafo como «autor», como también en cuanto a las posibilidades de construir un conocimiento etnográfico de la realidad social.

Así, frecuentemente se hace alusión en forma general y simplista a «una perspectiva etnográfica», con referencia a la presencia in situ del investigador en el campo, con un contacto directo con los actores sociales. Sin embargo, es conveniente replantear dicha apreciación, explicitando adecuadamente la significación e implicancias de la perspectiva etnográfica. Me refiero, específicamente, al desafío de construcción de la etnografía, entendiendo a la misma como una estrategia cualitativa de investigación social vinculada específicamente a la tradición antropológica en la ciencia social (Creswell, 1998: 58). En el presente capítulo trataré de dar respuesta a cinco tipos de interrogantes. El primero con relación a las características generales de la etnografía, el segundo vinculado con el planteo teórico-metodológico, el tercero con el desarrollo de la investigación etnográfica en el marco de la cual se lleva a cabo una observación participante. En cuarto lugar avanzaré en el abordaje de los interrogantes vinculados con los desafíos que supone la construcción del texto etnográfico, para arribar finalmente a considerar algunos de los planteos y debates que atraviesan la práctica etnográfica en los últimos tiempos.

¿Cómo surge la etnografía?
¿Qué es la etnografía?
¿Cuáles son sus características generales?
¿Cuál es su significación en la ciencia social?

1. Características generales

1.1. Los antecedentes

El surgimiento de la etnografía

La relevancia de la etnografía como metodología de investigación está estrechamente vinculada al surgimiento de la ciencia social en general y, muy especialmente, al de la antropología en particular, que es en donde surge, se consolida y desarrolla la etnografía en sí. Un surgimiento directamente relacionado con la necesidad de comprensión de los «otros» y de conocimiento de una «diversidad cultural», que comienza a descubrirse en su multiplicidad y sus diversas formas de relación y contacto. De modo tal que, si tenemos en cuenta una primera aproximación a su significado como «descripción de las culturas», podemos hacer alusión a los antecedentes más lejanos de la etnografía vinculados con relatos y descripciones que, desde la Antigüedad hasta el medievo, acompañaron a las interacciones, descubrimientos y choques con otras culturas. Descripciones a través de las cuales se explicitaba siempre, de una u otra forma, una apreciación acerca de los «otros» enmarcada en las concepciones y los contextos vigentes en los distintos momentos históricos. Así, desde los relatos de Heródoto o de Tácito en la Antigüedad, pasando por los de Marco Polo o Ben Batutta en el medievo, hasta los diversos escritos que se generaron a partir del descubrimiento de América –testimonios de expedicionarios, conquistadores y religiosos–, encontramos una amplia gama de relatos y descripciones que concretizan la existencia de una vasta información acerca de tradiciones, usos, costumbres y cosmovisiones en general de las distintas culturas encontradas (Gómez Pellón, 1995: 23). Escritos a través de los cuales se revelan apreciaciones acerca de la alteridad, y en los que se puede visualizar la existencia de actitudes de «asombro» y «perplejidad» que, paulatinamente, se van transformando en formas de consideración y de explicación de lo diferente. Una situación que tuvo un punto clave en el siglo XVIII con las posiciones influenciadas por el iluminismo y su apreciación acerca de los «otros» y la explicación acerca de lo que se consideraba como las distintas etapas evolutivas de la humanidad (salvajismo, barbarie, civilización).

Posteriormente, hacia fines del siglo XIX, se avanza en la búsqueda de un planteo que pretende estar fundado «científicamente», siguiendo

los parámetros vigentes en ese momento en las ciencias naturales y asumiendo un discurso y un tipo de conocimiento enmarcados claramente en el evolucionismo. Una instancia en la que se pasa a considerar la peculiaridad de las sociedades «primitivas» como sociedades ubicadas en una etapa evolutiva inferior. Se concretiza, así, una visión de los «otros» y de la «diferencia cultural» convergente en un esquema que convalida la supremacía de la civilización europea sobre las sociedades y culturas no occidentales, marcando una perspectiva claramente etnocéntrica. Encontramos así los trabajos de E. Tylor y H. Morgan, planteando la utilización de un esquema evolutivo para el conocimiento de las diferencias culturales y una singular implementación del llamado método comparativo. Por otro lado, F. Le Play plantea la utilización de un método de relevamiento e información basado en la confección de monografías y el estudio minucioso de familias obreras, sentando las bases de la metodología de estudios de casos. Sin embargo, será recién con los trabajos y aportes de F. Boas que comienza a señalarse la necesidad de un planteo metodológico distinto, no solo respecto de una crítica al «comparativismo evolucionista» que abriría las puertas a una perspectiva más «holista y relativista» sino, básicamente, con el reclamo de un tipo de investigación basada en la rigurosidad de los datos empíricos y en la consideración de la particularidad de los rasgos de cada cultura, que demandaba la presencia del investigador en el campo, como de la necesidad de no sacar rasgos fuera de contexto (Lischetti, 1994; Boivin, Rosato y Arribas, 1999; Gómez Pellón, 1995).

La consolidación teórico-metodológica

Luego de la Primera Guerra Mundial comienzan a producirse cambios significativos en los planteos de la ciencia social. La influencia de la Escuela de Chicago, desde una perspectiva sociológica, fue clave para la «conformación de un oficio (casi artesanal) de investigación» (Forni, 1992: 24), que se explicitó en los trabajos de W. Thomas, y posteriormente de R. Park y E. Burgess, marcadamente empíricos. No obstante, si con Boas, desde una perspectiva antropológica, ya había comenzado una crítica al comparativismo evolucionista que abrió las puertas a otro planteo metodológico, el gran despliegue del método etnográfico se produjo a través del trabajo de Bronislaw Malinowski, en el que se enfatizó la contundencia de las observaciones de carácter empírico y en el que se plantea la vigencia de la «observación participante» como eje vertebrador de la propuesta etnográfica enmarcada en una conceptualización acerca de la cultura como sistema (Malinowski, 1967: 54). Una perspectiva en la que se enfatizó la necesidad de una presencia personal y prolongada del investigador en el campo con la finalidad de conocer el «punto de vista del nativo». Se procedió así a instalar la necesidad de un relevamiento minucioso y riguroso de información, a la vez que de regis-

tro de la misma. Se trataba de percibir tanto lo que la gente decía, como lo que hacía, anotando detalladamente las características y acontecimientos de la vida social, como habilitando la utilización del «diario de campo», con impresiones y sentimientos personales del investigador. Una propuesta que pasó a considerarse como el método antropológico para el estudio de la «alteridad» y de las otras culturas en general, marcando el desarrollo futuro de la antropología.

Los replanteos etnográficos

La finalización de la Segunda Guerra Mundial dio lugar a un contexto en el seno del cual comienzan a producirse importantes replanteos a nivel de la antropología, especialmente vinculados con la reflexión crítica existente en la disciplina respecto de su participación en el proceso de expansión y consolidación colonial. Así, a partir de la década de 1950 y muy especialmente en la de 1960, se producen profundos cuestionamientos que traen aparejadas consecuencias epistemológicas, teóricas y metodológicas. Surgieron, pues, nuevas propuestas, desde el «estructuralismo», pasando por la llamada «nueva etnografía», hasta la etnografía simbólica. Planteos que implicaron nuevas concepciones teórico-metodológicas y los consiguientes cuestionamientos y controversias, transitando desde la noción de estructura universal de Lévi-Strauss, pasando por la relevancia del punto de vista «Emic» asumido por Goodenough, hasta la concepción semiótica de la cultura y la relevancia del enfoque interpretativista de C. Geertz (Gómez Pellón, 1995). Este último planteo incidió fuertemente en el desarrollo posterior de la antropología y remarcó la importancia de las tramas de significación y la posibilidad de acceder al conocimiento de una realidad considerada como un «texto». El autor replanteó así, a partir de dicha perspectiva, el abordaje etnográfico, sosteniendo la necesidad de construir una etnografía tendiente a «desentrañar las estructuras de significación», llevando a cabo la construcción de un tipo especial de descripción de carácter antropológico. La etnografía surge claramente en este marco como la herramienta clave para la comprensión de la cultura a través de la realización de una «descripción densa» que permita una interpretación adecuada de la realidad (Geertz, 1995: 32). Un planteo «interpretativista» y una correspondiente propuesta teórico-metodológica de construcción de una «descripción densa» que gravitará fuertemente en la antropología de la segunda mitad del siglo xx.

De esta manera la etnografía fue pasando de diversas apreciaciones escritas sobre las distintas culturas, basadas en testimonios directos o indirectos, a descripciones sustentadas en apreciaciones directas del investigador en el campo, llevadas a cabo con un planteo teórico-metodológico riguroso. Estaba en juego la pregunta sobre «los otros» y la complejidad de

la diversidad humana; y la etnografía se constituye en instancia imprescindible para el conocimiento y la comprensión de la misma. Una etnografía sustentada en la observación participante como camino hacia la construcción de una «descripción etnográfica» y en la que el reconocimiento de la reflexividad, implícita en la propuesta de conocimiento social, la relevancia del trabajo de campo, la búsqueda del conocimiento del punto de vista de los sujetos y la singularidad del posicionamiento del investigador abren nuevas posibilidades para el conocimiento de la realidad social.

1.2. La significación de la etnografía

¿Qué significa hacer etnografía? Debemos explicitar que tras la pregunta inicial nos encontramos con varias respuestas, muchas de las cuales no hacen más que agudizar el debate en el que está inserta la etnografía. Un debate que se despliega a través de un espectro que comprende desde planteos que la caracterizan como una técnica más de investigación social, pasando por los que sostienen la exclusividad antropológica de la misma, hasta quienes, desde el reconocimiento de su pertenencia antropológica, avanzan en considerarla básicamente como una estrategia cualitativa de investigación social. Sin pretensiones de dar nuestra propia «definición», nos interesa sin embargo presentar distintas aproximaciones, en este caso la de Hammersley y Atkinson, de Spradley y de Velasco y Díaz de Rada, las que, sin duda, nos permitirán fecundar y ampliar nuestra noción acerca de la misma.

La etnografía (o su término cognado, la observación participante) simplemente es un método de investigación social, aunque sea de un tipo poco común puesto que trabaja con una amplia gama de fuentes de información. El etnógrafo o la etnógrafa participa, abiertamente o de manera encubierta, de la vida cotidiana de personas durante un tiempo relativamente extenso, viendo lo que pasa, escuchando lo que se dice, preguntando cosas, o sea recogiendo todo tipo de datos accesibles para poder arrojar luz sobre los temas que él o ella ha elegido estudiar. En muchos sentidos la etnografía es la forma más básica de investigación social (Hammersley y Atkinson, 1994: 15).

Este planteo permite introducirnos rápidamente en los aspectos más relevantes que peculiarizan a la etnografía, enfatizando precisamente el eje vertebrador de la misma, colocado en la presencia insustituible del investigador en el campo. Un lugar desde el que se despliegan las acciones centrales que la caracterizan: la presencia prolongada en el lugar y el desarrollo de la llamada observación participante, con todo lo que implica no solo en cuanto a capacidad de «ver», sino también de «interactuar». Una apreciación que supone, además, enfatizar que dicho planteo no hace más que asumir, en toda su potencialidad

pero también complejidad, una instancia constitutiva de lo humano como ser social, en cuanto supone no solo la relevancia del conocimiento basado en el sentido común sino a su vez el reconocimiento de la «capacidad humana de hacer observación participante».

La etnografía es el trabajo de describir una cultura. Tiende a comprender otra forma de vida desde el punto de vista de los que la viven [...] Más que «estudiar a la gente», la etnografía significa «aprender de la gente». El núcleo central de la etnografía es la preocupación por captar el significado de las acciones y los sucesos para la gente que tratamos de comprender (Spradley, 1979: 3).

La apreciación de Spradley permite dar un paso más en el desafío de comprensión de la temática. Aparecen aquí tres elementos con los cuales nos encontraremos permanentemente a lo largo del trabajo: la «descripción» de la cultura en primer lugar; la necesidad de comprender los «significados» de las acciones y sucesos presentes en las mismas, en segundo lugar; y finalmente el requerimiento de hacerlo en forma acorde al «punto de vista» de quienes la viven. Un tipo de apreciación que enfatiza desde el comienzo, a su vez, una actitud clave del investigador en términos de quién debe llevar a cabo un «proceso de aprendizaje». Proceso que, más allá de los conocimientos técnicos, supone una inserción en el campo desde donde relevar relaciones sociales y comenzar a descubrir los significados presentes en la madeja socio-cultural y, más aun, implica recuperar la socialización del investigador como una instancia imprescindible del proceso de construcción de conocimiento.

El término etnografía alude al proceso metodológico global que caracteriza a la antropología social, extendido luego al ámbito general de las ciencias sociales (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 18).

Una definición que alude directamente al vínculo de la etnografía con la antropología como ciencia, a la vez que hace visible el reconocimiento y utilización de la misma en el ámbito general de las ciencias sociales. Un planteo que considero un punto de partida fundamental para poner en marcha una reflexión que asume, a su vez, su pertenencia al amplio campo de las ciencias sociales. De aquí en más, y a modo de desplegar algunos aspectos que considero clave para el trabajo etnográfico, presentaré algunos disparadores de la reflexión de manera de poner sobre el tapete supuestos generalmente en juego en el planteo teórico-metodológico.

¿Cómo se relaciona la etnografía con la antropología?

¿Es el tipo de aprendizaje que supone el método de observación participante?

2. El planteo teórico-metodológico

2.1. La reflexividad y el trabajo de campo

La centralidad de la reflexividad

Estamos aquí ante la instancia clave del planteo etnográfico, vinculado al tipo de posicionamiento y de conocimiento que el etnógrafo construye en el campo. Comienzo así a introducirme en la complejidad del mismo, pero también, a su vez, en el corazón de sus posibilidades epistemológicas, teóricas y metodológicas. Es que la consideración de la reflexividad supone un replanteo de la forma y el modo de producir el conocimiento social, tomando distancia de posiciones positivistas como subjetivistas y asumiendo la capacidad reflexiva de los sujetos, que permite acceder a las interpretaciones acerca del mundo social en que se desenvuelve su existencia. Una reflexión que conduce a una revisión acerca del modo y la forma en que los sujetos producen el conocimiento social imprescindible para la coexistencia en sociedad. El punto de partida de la reflexividad implica considerar así al hombre como parte del mundo social, interactuando, observando y participando con otros hombres en un contexto y en una situación espacio-temporal determinada y, desde allí, considerar al propio investigador como parte del mundo que estudia. Como señalan Hammersley y Atkinson (1994: 40): «Al incluir nuestro propio papel dentro del foco de investigación en el mundo que estamos estudiando, podemos desarrollar y comprobar la teoría sin tener que hacer llamamientos inútiles al empirismo, en su variedad naturalista o positivista». Una reflexividad en la que están implicados todos los sujetos sociales, en el marco de la cual y a través de la cual no solo son capaces de reflexionar, sino también de explicar a los otros lo que hacen, tanto como comprender las explicaciones de los otros sobre lo que hacen. Si los aportes de Schutz (1972) pusieron en evidencia la «construcción significativa del mundo social», las contribuciones de Garfinkel, su discípulo, hicieron aun más evidente, a través de las aproximaciones de la etnometodología, el protagonismo de los sujetos en la construcción del mundo social, por medio del ejercicio de la reflexividad.

Las actividades realizadas por los miembros para producir y manejar las situaciones de su vida organizada de todos los días son idénticas a los procedimientos utilizados para hacer descriptibles dichas situaciones (Garfinkel, 1967, citado por Coulon, 1995: 44).

Una reflexividad a partir de la cual «describir una situación es construirla. La reflexividad designa las equivalencias entre la comprensión y la expresión de dicha comprensión» (Coulon, 1995: 44). Una instancia que no solo permite observar las profundas implicancias de

la reflexividad en la construcción y en las relaciones en el mundo social, sino también en el proceso de comprensión, descripción y explicación de dicho mundo social. La reflexividad emerge como el soporte y a la vez la dinámica básica del planteo etnográfico, sustentada en la relación que se establece entre dos sujetos interactuando y participando. Sujetos de una cultura en una sociedad determinada y en un contexto donde la reflexividad del investigador se encuentra con la reflexividad del sujeto investigado, posibilitando una comprensión básica desde su singularidad como seres humanos. Una relación y un ejercicio de la reflexividad que ratifica la relevancia de la observación participante como un fundamento de la vida y de la investigación social (Hammersley y Atkinson, 1994: 54). Así, por un lado, se trata de hacer una aproximación a una definición de la reflexividad, considerando a la misma en el trabajo de campo como el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad, entre la reflexividad del sujeto cognoscente —sentido común, teoría, modelo explicativo de conexiones tendenciales— y la de los actores o sujetos objeto de investigación (Guber, 1991: 87). Pero también, por otro lado, se trata de hacer alusión a una «epistemología del Sujeto Conocido», en la cual la noción de reflexividad no solo requiere el reconocimiento de la capacidad del sujeto cognoscente de interpretar y generar conocimiento, sino que, fundamentalmente, implica el reconocimiento de la capacidad del sujeto conocido de hacer significativa la acción social y a la vez reflexionar sobre ella (Vasilachis de Gialdino, 2003: 30). Es importante aquí tener en cuenta los distintos niveles de reflexividad existentes, como también esta instancia que lleva a que el sujeto reflexivo pueda dar cuenta de su acción y participar en un mundo social a la vez que «reflexionar» sobre los «efectos de esa participación» (Hammersley y Atkinson, 1994: 31). La reflexividad se constituye, así, en la piedra angular que sustenta tanto la posibilidad de conocer de los sujetos en general, como de los investigadores en particular, pero, a su vez, permite el desarrollo de un planteo de investigación que coloca la relación entre los sujetos, su capacidad de interactuar y comunicarse en condición sine qua non desde la que construir el conocimiento social.

La relevancia del «trabajo de campo»

La relevancia del trabajo de campo «está vinculada en primer lugar con una tradición antropológica para la cual la realización de dicho trabajo supone una decisión y un posicionamiento inescindible de la práctica de la investigación. No solo se trata de «ir» a un lugar, sino a su vez de una manera de «estar» y mucho más aun de una forma de «posicionarse» en el campo. Para algunos «el trabajo de campo es un ejercicio de papeles múltiples» (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 23); para otros hay una fuerte tendencia a dotar de una «significación espe-

cial» el trabajo de campo, que conduce incluso a realizar afirmaciones que terminan aludiendo a una cierta «mística» o a una «magia» asociada con el mismo.

Sin embargo, la relevancia del trabajo de campo tiene un referente insoslayable en los planteos de Malinowski (1995: 22), para quien dicho trabajo supone básicamente el despliegue de la observación participante, como el camino a recorrer en la búsqueda del conocimiento de la cultura, especialmente para comprender el punto de vista de los actores sociales. De allí en más se pone en marcha una perspectiva de trabajo que, además de vertebrar el ejercicio del oficio antropológico, marca decididamente la investigación social. Hacer alusión al «campo» implica referirme a un lugar en particular, aquel en el que los actores sociales despliegan su vida, donde se encuentran e interactúan, en donde se generan y producen situaciones y acontecimientos que demandan nuestra atención. El campo se constituye en el «referente empírico» de la investigación, sin embargo en cuanto tal es el resultado de una construcción llevada a cabo por el propio investigador y sus informantes (Guber, 1991: 84). El trabajo de campo no solo implica la posibilidad de observar, interactuar e interpretar a los actores en el contexto en el que los mismos se encuentran, y hacerlo durante un tiempo prolongado, sino también de participar en las múltiples actividades que dichos actores sociales despliegan en su vida cotidiana. Una instancia fundamental para la comprensión de las relaciones sociales. Un camino marcado por la posibilidad de la intersubjetividad, pero en el que el involucramiento y la participación no supone una empatía, o una mimetización con el otro sino un «proceso de socialización» que debe transitar el etnógrafo. Desde esta perspectiva el «campo» conforma un ámbito en el que interactúan sujetos, se comparten significados y se explicitan múltiples prácticas sociales y simbólicas. Un trabajo que presupone fundamentalmente «el dismantelamiento de prejuicios etnocéntricos» (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 27-29) como una condición necesaria que genera, a su vez, el despliegue de una actitud permanente, ya que es imprescindible llevar a cabo dicho «dismantelamiento» para comenzar a recorrer el sendero que lleva a la comprensión de los otros. Un «campo» desde donde se construye el conocimiento etnográfico como un «conocimiento localmente situado y resultado de un diálogo entre individuos y culturas» (Soprano, 2006: 13).

2.2. Los aprendizajes del oficio etnográfico

Me interesa especialmente prestar atención a lo que denominamos como los «aprendizajes», en tanto que los mismos aluden a una actitud en general y a un posicionamiento en particular del investigador etnográfico. Un tipo de aprendizaje que supone una disposición a comprender «otra forma de vida desde el punto de vista de los que la vi-

ven», en tanto que más que estudiar a la gente, la etnografía significa «aprender de la gente» (Spradley, 1979: 3). Como he señalado, el aprendizaje a realizar se asemeja a un proceso de socialización en el curso del cual el investigador va aprendiendo pautas y criterios de comportamiento, códigos de convivencia y significados presentes en la vida social. Un tipo de socialización especial, una «resocialización» que presenta como características singulares tanto el hecho de tratarse de un «aprendizaje social sin internalización», como de un «aprendizaje controlado» que exige «algo más que la mera observación» (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 27). Un aprendizaje que requiere cambios y transformaciones en la experiencia de la investigación en general y en el trabajo de campo en particular, en el que se intensifica la capacidad del investigador de «percibir» la realidad pero en el que, a su vez, se agudiza su exposición a la misma, con las implicancias que esto acarrea en el nivel de movilizaciones internas y emociones diversas. Como señala un investigador: «La experiencia de la investigación social cambia a los sujetos, los reconfigura, en ciertos casos intensificando percepciones previas, en otros transformando en lo profundo» (Galindo Cáceres, 1998: 71). En esta perspectiva es donde se acrecienta la apreciación de la etnografía como la «práctica de un oficio». Un enfoque que, más allá de la propuesta metodológica enmarcada en los requerimientos de la ciencia social, supone la explicitación de una verdadera «artesanía intelectual» (Wright Mills, 1969: 206) en cuanto se produce en la misma una profunda articulación entre la experiencia personal y los conocimientos adquiridos, entre los «saberes del sentido común» y los «saberes profesionales». Una instancia en la que se genera un tipo especial de saber, un saber etnográfico que se construye a partir de un especial «posicionamiento» en el campo y de un «diálogo entre teorías académicas y nativas» (Peyrano, 2004: 340). Se trata así de un tipo de trabajo que exige del investigador un involucramiento personal irremplazable, no solo en relación al «estar» en el campo, sino al «tipo» de presencia en el mismo, que es mucho más que el «estar allí». Se trata de un «estar» que constituye al investigador como el principal instrumento de investigación en el campo. La manera en que aprecia la realidad a partir de su experiencia y la potencialidad de sus sentidos expresada en su corporeidad y sensibilidad vital.

La vivencia del campo perceptivo puede ser una revolución en la vida cotidiana del sujeto investigador (en cierto sentido siempre lo es). De esta situación se derivan muchas consideraciones posibles... (Galindo Cáceres, 1998: 71).

Un estar en el campo apreciado en sus capacidades actuales de sentir, de escuchar, de oler, de palpar, constituidas en recursos e insumos básicos para la construcción del conocimiento cotidiano. Se trata

de una instancia fundamental en la etnografía, que la define claramente como una «actividad perceptiva». Como señala al respecto Laplantine:

La descripción etnográfica [...] moviliza la totalidad de la inteligencia y de la sensibilidad del investigador, más aún de su sensualidad, y le conduce a través de la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto a detenerse sobre las diferentes sensaciones encontradas, y a detallarlas minuciosamente (1996: 17).

Hacer alusión a un aprendizaje como parte del oficio del investigador social, implica desde esta perspectiva encarar un tipo de tarea compleja que requiere de un proceso formativo asentado tanto sobre la consideración de que «lo más precioso de la metodología de la investigación social, es el investigador» (Galindo Cáceres, 1998: 117) como sobre el carácter básicamente relacional de la investigación social. Toda la tarea de investigación para el etnógrafo es un ejercicio de sentido, tanto en relación a los «otros» como respecto a él mismo, ambos sujetos productores de sentido, comprometidos en un tipo de práctica comunicativa que hace posible un horizonte de comprensión común.

El aprendizaje de la mirada

Este constituye uno de los aspectos centrales a considerar en el planteo etnográfico, que supone una clara distinción entre lo que podemos denominar como la capacidad de «ver» y la disposición a «mirar». Una distinción que requiere también, desde la perspectiva etnográfica, de un aprendizaje, en cuanto la misma, más que un tipo de mirada rigurosa, se explicita en una mirada flexible, proclive a dejarse impresionar por la realidad, sensible a lo diverso, pero atenta a «lo imprevisto» que está presente en lo cotidiano (Laplantine, 1996: 16). Es este mismo autor quien insiste en la necesidad del aprendizaje, en cuanto que dicha mirada no debe ser cualquier mirada, sino una mirada amplia y profunda a la vez de la realidad. Un aprendizaje que supone el poder desplazarse y detenerse sobre los individuos, las cosas, los acontecimientos. Donde la diferencia entre el «ver» y el «mirar» se traduce en la existencia de una actitud «sensible» y «atenta» a la realidad, capaz de posarse sobre las cosas más que de pasar sobre ellas, de descubrir lo que las singulariza, más que contabilizar lo que las uniformiza. Un aprendizaje que nos lleva a pasar de una mirada indiferente o inquisidora a una mirada interesada y convocante, en la que el desafío del descubrimiento posibilita nuevas interpelaciones y en la que la ingenuidad de la mirada es el requisito desde el cual el investigador comienza a desarrollar el recorrido visual con el que construye su apreciación de la realidad. La etnografía emerge así como

«una actividad decididamente perceptiva, basada sobre el despertar de la mirada y la sorpresa que provoca la visión, buscando, dentro de una aproximación deliberadamente microsociológica, observar lo más atentamente posible todo lo que uno encuentra, incluso y sobre todo los comportamientos más anodinos, “los aspectos accesorios del comportamiento”, algunos pequeños incidentes» (Malinowski, 1993: 777), los gestos, las expresiones corporales, las costumbres alimentarias, los silencios, los suspiros, las sonrisas, las muecas, los ruidos de la ciudad y los ruidos del campo (Laplantine, 1996: 13).

La demanda del aprendizaje se vincula así con la valorización de un sentido fundamental, la vista, pero sin limitarse exclusivamente al mismo, sino apelando de manera imprescindible a los restantes sentidos y recursos corporales humanos.

El aprendizaje del diálogo

Se trata de un aprendizaje vertebrado alrededor de la experiencia del encuentro y de la interacción con el otro. Una experiencia que supone el pasaje del «monólogo» al «diálogo», en el que la presencia del otro demanda un ejercicio atento del «escuchar» que antecede la reciprocidad del «hablar». La experiencia dialógica, como constitutiva de la experiencia etnográfica, implica un posicionamiento y una actitud que se explicita desde el trabajo de campo hasta la concreción del texto etnográfico; de allí entonces que la reflexión en torno a la misma no podía estar ausente en la crítica posmoderna y su propuesta de una nueva antropología dialógica. En esta instancia nos interesa referirnos puntualmente al significado y las implicancias del diálogo en el desarrollo de la investigación etnográfica, tanto respecto a sus posibilidades relacionales con los otros, como a su carácter profundamente intercultural. El diálogo considerado como un requisito no suficientemente ponderado en las ciencias sociales, en las que generalmente se enfatiza más en la capacidad de «sujeto cognoscente», del investigador, que en su posicionamiento como interlocutor indispensable de una relación humana ante la capacidad igualmente existente de conocimiento y comunicación del «sujeto conocido» (Vasilachis de Gialdino, 2000: 227). Una situación en las ciencias sociales en la que se confunde o identifica, muchas veces, «la palabra del otro» con «el registro de lo que dice», reduciendo el escuchar a una mera recepción pasiva. Sin embargo «escuchar» es mucho más que «oír». «Escuchar es una actitud, un modo de ser que compromete al ser humano en su totalidad. Uno “escucha” con todo su cuerpo [...] escuchar tiene que ver con la voluntad, con la disponibilidad de abrirse y dejarse invadir por la voz del otro. El “oír” es algo natural, el “escuchar” algo eminentemente humano» (Estermann, 1996: 148). Un tipo de aprendizaje imprescindible de llevar a

cabo cuando lo que se practica tiene que ver, generalmente, con una visión fuertemente positivista, en la que son más importantes las respuestas que pueden obtenerse a través de un cuestionario, que las preguntas que pueden formularse en un encuentro personal, especialmente cuando estas surgen de los intereses, los cuestionamientos y los planteos de los propios actores sociales. El ejercicio del diálogo encuentra en la entrevista no-directiva el instrumento clave, no tanto como herramienta de «excavación» o elemento indispensable para recabar información, sino como la mediación fundamental para el encuentro con el otro (más adelante, en el capítulo 5, se desarrollarán las posibilidades de este tipo de entrevista). Un tipo de encuentro en el que se da tanto la posibilidad de «sentir» la turbación del otro ante una pregunta inesperada como también la oportunidad de conmovernos por una respuesta sentida. Una situación que solo puede darse como resultado de una relación entre sujetos, porque si bien puede haber posibilidades de llevar a cabo mediciones o establecer regularidades, no hay posibilidad de diálogo con los objetos. El diálogo implica un reconocimiento del otro en su diferencia, pero básicamente en su igualdad, en tanto que de lo que se trata es de una interacción que requiere no solo una acción recíproca sino, fundamentalmente, de la presencia de un sujeto capaz, como el propio investigador, de sentir y pensar, de desear ser amado y también de amar. Un diálogo que supone siempre el despliegue de una relación, en el marco de situaciones histórico-sociales en particular, no exentas de tensiones y conflictos, pero que implican el despliegue de prácticas comunicativas en las que se construye y manifiesta lo humano en su multiplicidad (Wright, 1998: 67).

Está claro que no me interesa aquí hacer alusión a un largo listado de posibles procedimientos a aplicar que, seguramente, pueden mejorar la «técnica de la entrevista» y que son de fácil acceso en numerosos manuales, pero que no pueden garantizar la concreción de un «diálogo» en los términos en que aquí lo planteo. No intento tampoco «idealizar» una instancia clave del trabajo de campo, solamente me interesa dar una forma de explicitación a lo que siento en particular y sentimos en general, cuando, en ese trabajo, nos sentimos personas junto a otras personas, se nos hace partícipes de dramas y de alegrías, no por el certificado o el carnet que amerita nuestra profesión, sino porque otro ha confiado en nuestra mirada y nos ha devuelto la esperanza de que la comunicación es posible.

El aprendizaje del registro

También aquí estamos ante una experiencia para el investigador que aparece como novedosa, no tanto con relación a las personas, los hechos y los acontecimientos de los que da cuenta, sino con relación a la forma en que la lleva a cabo y al involucramiento del investigador en

la misma. Aprender a registrar implica aprender a expresar lo que el investigador ha visto y oído, descubierto y relevado, aquello que el investigador ha sentido e intuido en el «aquí y ahora» de su presencia en el campo pero, fundamentalmente, implica brindar «textualidad» a la experiencia generada por dicha presencia en el campo (Laplantine, 1996: 27). El registro supone dar relevancia a la capacidad del investigador de observar y de participar, de dinamizar su memoria y de generar un relato escrito sobre lo vivenciado y acontecido con relación a «los otros» y con «los otros». Un ejercicio que conlleva una práctica de «describir» no escindida de las interpretaciones, en donde es necesario distinguir lo que los actores dicen o hacen respecto de lo que el investigador interpreta sobre lo que dicen y hacen. Donde la descripción concretiza lingüísticamente la observación en el campo. Una instancia generadora de un espacio en el que los primeros análisis del trabajo permiten plantear interrogantes, formular demandas de información, plantear hipótesis de trabajo que gravitarán en la conformación de la próxima presencia en el campo. El registro supone dejar constancia de lo personal vivenciado y observado que se traduce en un momento irremplazable en el cual se genera «la transformación de la mirada en escritura» (Laplantine, 1996: 27), avanzando en el proceso de construcción del conocimiento y en la comprensión de la trama de significaciones de la sociedad.

¿Qué implica llevar a cabo una investigación etnográfica?
¿Cuáles son las características de la observación participante?

3. La investigación etnográfica

La investigación etnográfica implica el desarrollo del proceso a través del cual se lleva a cabo la instancia fundamental de la investigación, explicitada en relación al trabajo de campo y la realización de la observación participante (Aguirre Baztán, 1995b: 6). Este momento comprende desde una instancia inicial, preparatoria, pasando por el ingreso al campo y el despliegue de la observación participante hasta la finalización de la misma y la salida del campo. Al respecto desarrollaré dos aspectos que considero relevantes. El primero vinculado con los preparativos que convergen en torno de la elaboración del diseño etnográfico, el segundo en relación con la puesta en marcha y el desarrollo de la observación participante.

3.1. Los preparativos

Muchas veces se manifiesta una imagen del trabajo de campo que enfatiza exclusivamente las actitudes espontáneas y atentas a las múltiples imprevisibilidades de la vida cotidiana, sin reparar en la necesidad de una «preparación previa» del trabajo a realizar que pone en marcha un proceso de carácter abierto, que implicará una tarea permanente a lo largo del trabajo de campo. Es que el abordaje etnográfico requiere de una dinámica y de una disposición permanente para posibilitar la inserción en contextos sociales complejos y cambiantes. Una situación que impide que el investigador pueda llevar a cabo una «planificación» en términos de establecer etapas predeterminadas con relación a las actividades a cumplir en el campo, las que, de por sí, implican un cúmulo de tareas fuertemente asistemáticas. Sin embargo, esta manifiesta imposibilidad de preconcebir un plan de actividades no implica carecer de un diseño de investigación. Desde esta perspectiva el trabajo etnográfico supone la elaboración de un diseño de investigación etnográfica: una propuesta y un proceso de trabajo a emprender, en donde los principales interrogantes y planteos se explicitan en instancias inscritas dentro de la singularidad del planteo etnográfico. Dicha singularidad supone considerar que dicho diseño «debe ser un proceso reflexivo operando en todas las etapas del desarrollo de la investigación» (Hammersley y Atkinson, 1994: 42). Un tipo de apreciación que nos convoca, siendo conscientes del carácter provisorio pero dinámico de este tipo de diseño, a sostener la necesaria apertura y fuerte imprevisibilidad que entraña la propuesta y que demanda una flexibilidad que desde las instancias previas de la investigación, se prolonga en todo el proceso de la misma, revisando, incorporando y generando permanentemente nuevos planteos, acorde con las novedades y descubrimientos que se producen en el trabajo de campo. Al respecto, y coincidentemente con lo expresado al analizar la peculiaridad de los métodos cualitativos en cuanto a su diseño, es importante remarcar la singularidad que adquieren los mismos dentro de la especificidad de cada tradición metodológica. En este caso nos encontramos ante un diseño que, en mayor medida que otros, no solo no puede pre-determinar el trabajo a realizar, sino que tampoco puede constituirse en un esquema cerrado de abordaje de la realidad. En cuanto tal, el diseño debe permitir básicamente explicitar cuestiones vinculadas tanto con los llamados «problemas preliminares», como con los propósitos y principales interrogantes. Un primer conjunto de planteos que requieren, a su vez, ser acompañados por instancias que contemplen las estrategias básicas de inserción en el campo, como los criterios posibles de validación de la información.

La consideración de los «problemas preliminares» se encuentra relacionada asimismo con la determinación del «lugar», el cual, lejos de

constituir un elemento más, constituye una instancia clave en donde la misma problemática en juego será objeto permanente de replanteos. Una perspectiva en la que el desarrollo del trabajo de campo constituye el basamento sobre el que se generan interrogantes y se acrecienta la posibilidad del descubrimiento y formulación de nuevas categorías de análisis. De esta manera, en etnografía, las decisiones sobre el diseño no se basan «solamente en criterios teóricos y metodológicos», sino que es necesario tener en cuenta también aspectos prácticos vinculados con la investigación (Hammersley y Atkinson, 1994: 67). Y así emerge la importancia de definir y demarcar un campo de observación en donde se llevará a cabo la investigación. Resulta importante al respecto contemplar las peculiaridades de dicho campo y las necesidades que demandará la inserción en el mismo, teniendo en cuenta tanto los requerimientos en cuanto a posibilidades de ingreso e inserción, las distancias y desplazamientos a los que deberán hacerse frente, como la necesidad de desarrollar una presencia prolongada en el campo. De esta manera,

la forma de investigación se percibe entonces como movimiento constante, como capacidad de responder a cualquier circunstancia imprevista, con iniciativa de improvisación: se abre la posibilidad del cambio. Investigar es como vivir pero con mayor capacidad interior y en algunos casos con mayor intensidad exterior (Galindo Cáceres, 1998: 75).

3.2. La observación participante

La observación participante constituye el eje vertebrador del trabajo de campo a partir del cual se lleva a cabo la construcción del producto etnográfico. Si bien existen distintas técnicas de observación, la llamada «observación participante» (OP) supone un tipo de propuesta en la cual intervienen distintas técnicas y métodos, vinculados tanto con formas de observación, modalidades de interacción, como tipos de entrevistas. En cuanto metodología que supone la combinación de distintas técnicas, la OP constituye un método complejo y riguroso de desarrollar el trabajo de investigación en el campo. «Casi todo en el trabajo de campo es un ejercicio de observación y de entrevista» (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 33). Los orígenes de la OP están relacionados con las primeras búsquedas en la ciencia social. Ya hemos hecho referencia al respecto a los aportes fundamentales de B. Malinowski, a partir de las experiencias y planteos desarrollados en su investigación en las Islas Trobriand, en donde su método de observación participante no solo se reconoce en todo su potencial técnico, sino que a la vez se consolida como «el método» antropológico.

Algunos presupuestos

Deseo referirme aquí a la existencia de algunos presupuestos teórico-metodológicos que hacen tanto a la existencia de una perspectiva ontológica como epistemológica, desde la cual se despliega el método en cuestión. Una perspectiva que supone básicamente la resistencia a la naturalización del mundo social, enfatizando el carácter de construcción del mismo en un proceso permanente de relaciones e interacciones sociales, considerando que el conocimiento del mundo social puede generarse a través de la observación y la participación activa e interactuante en el mismo (Bruyn, 1972). Una forma de producir conocimiento que constituye la característica distintiva de la OP, en la que el compromiso del investigador supone enfrentar la tensión entre el involucramiento y el distanciamiento en las situaciones sociales en las que se encuentra. En la que el despliegue de relaciones e interacciones «cara a cara», compartiendo actividades y sentimientos durante un período prolongado de tiempo, se constituye en un soporte imprescindible de la investigación. De esta forma se explicita con claridad que «la técnica de la OP no es solo una herramienta de obtención de información sino, además, de producción de datos en virtud de la presencia de un proceso reflexivo entre los sujetos estudiados y el sujeto cognoscente» (Guber, 1991: 179).

El ingreso en el campo

Nos encontramos ante el primer desafío en el campo: ¿cómo ingresar al mismo?, ¿cómo ser aceptado por los actores sociales?, ¿cómo comenzar el trabajo de campo? El ingreso al campo implica resolver la «entrada» en dicho campo. Un acceso que en algunos casos podrá ser realizado sin necesidad de pasos u actividades adicionales y en otros requerirá de la obtención de algún permiso especial pero que siempre implica un momento particular. Aquello que puede aparecer para algunos como una mera formalidad, se constituye, en realidad, en uno de los primeros desafíos a encarar. El ingreso presenta la primera situación de interacción con los otros sujetos en una dimensión espacio-temporal concreta, en un lugar y un momento en particular. Al respecto es importante tener en cuenta que la «entrada» se relaciona con la generación de un vínculo, con relación al cual se establece la ocupación de un «lugar». Una situación manifestada a través de un cierto «rol» que debe asumir en distintas instancias y situaciones en el campo pero que implica el despliegue de relaciones sociales, a la vez que nuevas modalidades de vinculación desde su singular «posicionamiento» en el campo. Un posicionamiento que más que «estar ahí» implica «una manera de posicionarse frente al mundo socio-cultural» (Visacovsky, 1995: 16).

Generalmente el ingreso al campo implica enfrentar numerosas dudas vinculadas con la decisión de la forma más adecuada de «entrar» y comenzar el trabajo, tanto como cuestionamientos con relación al «rol» a asumir o la ubicación a tomar. Interrogantes que requieren desplegar estrategias específicas para su resolución. En otras oportunidades, el ingreso está vinculado con la existencia del denominado «portero», o alguien en particular que se constituye en nuestra primera referencia en el lugar. Aquel que nos presenta, facilita nuestros primeros contactos o, simplemente, pasa a ser nuestro referente inmediato. En esta perspectiva aparecen, muchas veces, diferencias entre el acceso a lugares públicos y a lugares privados como en los requerimientos que cada uno de estos supone. En esa línea se encuentra también la demanda acerca de las motivaciones que orientan nuestra presencia en el lugar vinculada con el reconocimiento como investigadores. Con relación a los requerimientos generales del ingreso al campo, es importante tener en cuenta que nuestros «porteros», «facilitadores» o informantes en general, no son sujetos pasivos sino que en cuanto sujetos poseen sus puntos de vista, sus expectativas y apreciaciones que despliegan activamente en su relación con el investigador en el campo. Así, si bien es interesante tener dicha posibilidad de contar con alguien que facilite el ingreso, en muchas ocasiones esa instancia no es posible, teniendo en tal caso el etnógrafo que resolver el ingreso más conveniente al campo. Por otro lado, también es importante identificarse claramente cuando la inserción así lo requiera. Una situación que contribuye a despejar «dudas» sobre nuestra presencia, sin necesidad de que dicha identificación implique una detallada exposición sobre nuestro trabajo o sobre los objetivos de la investigación. Una circunstancia distinta se produce cuando, más que encarar una «investigación manifiesta», se trata de una «investigación encubierta». Al respecto Taylor y Bogdan (1986: 46) señalan que «con independencia de las consideraciones prácticas, la investigación encubierta suscita graves problemas éticos».

El desplazamiento en el campo

Una vez resuelto el ingreso al campo debemos enfrentar el desplazamiento en el mismo. Una situación que demanda dos instancias diferenciadas aunque estrechamente vinculadas. La primera en relación con el desplazamiento cultural que implica la agudización de la atención hacia «los otros», respecto al cual ya hemos planteado algunos aspectos y, la segunda, en cuanto al posicionamiento en el campo que supone resolver tanto las modalidades de ubicación como los recorridos. Dos instancias que, en su conjunto, hacen a la necesidad de desplazarse, como una manera de «observar» el campo sin quedarse acotado a una sola perspectiva o sector del mismo. Las recomendaciones al respecto insisten en señalar la importancia de mantener una actitud

de «apertura», de sensibilidad ante los distintos «escenarios», de agudización de la mirada, sin pretender buscar o relevar alguna situación u acontecimiento en particular. En este primer tiempo es prioritaria la ubicación en el lugar como los primeros contactos con los individuos, en general, y los informantes, en particular. En la observación participante las interacciones con los individuos en el marco de la vida cotidiana, el reconocimiento y asunción de rutinas, como la participación en actividades comunes, hacen al establecimiento de relaciones sociales imprescindibles para el tipo de trabajo planteado.

La observación y participación

Si entre los planteos teórico-metodológicos insistimos en la figura del «aprendizaje» es porque la misma se vincula con el convencimiento de que el gran desafío del investigador en el campo pasa por una tarea de aprendizajes, de relaciones sociales y de observaciones que, sobre una base participativa, posibilitan una tarea conjunta de construcción de conocimiento. Uno de los primeros interrogantes se conforma a partir de decidir qué observar. En primer lugar es fundamental tener en cuenta que es el investigador quien decide qué y cómo observar, circunstancia que, sin embargo, no obsta para tener en cuenta ciertos criterios a desplegar en el trabajo de campo. Una temática a partir de la cual podemos pasar a señalar que en los primeros momentos debe prevalecer una «mirada general y amplia». Se insiste en la importancia de desplegar una «atención flotante» a partir de la cual pasar a focalizar nuestra observación en sujetos, situaciones o procesos. Un tránsito de lo más general a lo más particular, de una mirada global a una mirada focalizada. Al comenzar el trabajo de campo, mucha de la información con que nos encontramos puede ser importante pero solo una parte de ella pasará a conformar un «dato» para nuestra investigación. Todos los acontecimientos pueden ser relevantes, pero solo algunos serán significativos para la investigación. La búsqueda abarca desde lo más «obvio» hasta lo aparentemente «encubierto», justamente porque el desafío del descubrimiento entraña una actitud capaz de hurgar en lo cotidiano tratando de entender aquello de lo que se trata, sin dar nada por supuesto y dando rienda suelta a múltiples interrogantes y no pocas hipótesis. De manera análoga la participación supone involucramientos cuya intensidad y extensión irán variando a medida que se profundizan los vínculos y las oportunidades. El investigador no puede «estar» en todos lados, pero cada uno de los lugares en los que está, como los distintos vínculos que establece con los individuos en el campo no son más que puntos de referencia en un mapa complejo de relaciones sociales. La participación supone una inmersión en la realidad que, desde el recorrido de rutinas, pasando por distintas modalidades de vinculación y formas de estar presente, posibili-

ta aprendizajes y genera experiencias en que «unos» y otros» se reconocen en el campo.

Los informantes

El desplazamiento en el campo implica la posibilidad de entrar en relación con distintos individuos, los cuales se constituyen en potenciales informantes, más allá de que luego solo podamos entrar en contacto directo con algunos de ellos. Al respecto se enfatiza generalmente la importancia del informante como «representativo de su grupo o cultura», alguien que está en condiciones de brindarnos información sobre aquello que conoce, un nexo fundamental a partir del cual es posible acceder a otros informantes. Distintas apreciaciones que enfatizan la relevancia de aquellos sujetos con los cuales entramos en una relación social, en un contexto espacio-temporal determinado. Al respecto debemos hacer mención a dos tipos de encuentros que se establecen en el campo a partir de los cuales podemos avanzar en la relación con los sujetos-informantes. Nos referimos a encuentros no planificados y planificados. En el primer caso se trata de encuentros surgidos en el marco de nuestros desplazamientos y en el contexto de la sociabilidad cotidiana. Encuentros casuales, espontáneos, resultado de nuestra presencia en el campo suponen el despliegue de una actitud dinámica de apertura y disponibilidad, de una sensibilidad atenta a «percibir» en el flujo de la vida social y en las interacciones con los sujetos, puntos de vista y significados. Situaciones en las cuales nuestros ocasionales interlocutores se pueden convertir en «informantes» de hecho. Una situación que conforma una de las vetas más fecundas de exploración que agudiza el desafío etnográfico en el campo. En el segundo caso nos encontramos con un encuentro resultado de la necesidad de establecer un contacto con cierto sujeto a quien consideramos como informante. Una situación que, a su vez, puede presentar distintas facetas. Puede ocurrir que uno decida concurrir a determinado lugar en el que sabemos previamente que se encuentran ciertas personas con la finalidad de entrar en contacto con las ellas, o puede darse la necesidad de establecer un encuentro para realizar una entrevista. Aun cuando el contacto desarrollado conserve su estructura informal, semejante al no planificado, hay una diferencia clave porque se ha buscado intencionalmente el mismo. Por otro lado, el encuentro planificado, acordado, permite desarrollar la entrevista esperada con el informante. Cualquiera sea la modalidad por la que transitemos es importante tener en cuenta que se trata fundamentalmente de «una relación» con un sujeto constituido en informante que nos introduce de alguna manera en la trama social.

La entrevista etnográfica

La OP requiere un tipo de entrevista especial, no directiva, que denominamos como «entrevista etnográfica». Constituye una herramienta clave para avanzar en el conocimiento de la trama socio-cultural, pero muy especialmente para profundizar en la comprensión de los significados y puntos de vista de los actores sociales. La entrevista requiere establecer una relación con «el otro» que se constituye en el soporte fundamental sobre el que se generan preguntas y respuestas. Es allí donde el predominio de preguntas no directivas se acompaña por un manejo de los tiempos que permite avanzar lentamente, detenerse, profundizar.

Es conveniente considerar a las entrevistas etnográficas como una serie de conversaciones amistosas, en las que el investigador introduce lentamente nuevos elementos para ayudar a los informantes a que respondan como tales (Spradley, 1979: 58).

Se trata de un tipo de entrevista que requiere de manera imprescindible de un ejercicio del diálogo sustentado en una capacidad de «escucha» que permite estar más atento a lo que «el otro dice, expresa, sugiere», que a lo que al investigador le preocupa, lo que puede, en primera instancia, distorsionar o inducir respuestas. Es una entrevista en la que «los etnógrafos no deciden de antemano las cuestiones que ellos quieren preguntar, aunque suelen entrar a la entrevista con una lista de temas de los que hay que hablar» (Hammersley y Atkinson, 1994: 128), pero en la que la preocupación central está dada por el interés y la atención en lo que el entrevistado plantea. Esa preocupación debe ser, pues, percibir y tratar de comprender el «punto de vista del otro»; un esfuerzo de comprensión que abarca tanto sus palabras como sus silencios, sus gestos como sus posturas y movimientos. Sobre la base de estos planteos, se despliega un abanico de posibilidades técnicas que, transitando por distintas formas de motivar, preguntar y orientar la conversación nos permiten acceder a un fecundo bagaje informativo. De esta forma, desde una adecuada presentación y explicación de propósitos, pasando por el desarrollo de un interés genuino que conduce a desplegar una minuciosa atención sobre el discurso del informante, tanto como sobre sus pausas o silencios, hasta el despliegue de preguntas que ayuden al mismo a explicitarse y ampliar sus respuestas, se lleva a cabo un encuentro dialógico complejo y, a la vez, profundamente humano. Es que la entrevista supone, básicamente, un encuentro humano que se explicita dialógicamente. Es una instancia en la que se despliegan distintos recursos técnicos para un más adecuado aprovechamiento del encuentro, a la vez que un descubrimiento mayor del informante. Así, el pasaje de lo más general a lo más

particular, la utilización de distintos tipos de preguntas (descriptivas, de ejemplos, de experiencias, sobre el lenguaje nativo), el recurso permanente de pedir aclaraciones o ampliaciones de lo expresado, el reconocimiento de nuestras limitaciones e ignorancia sobre muchos de los aspectos en cuestión, contribuyen a generar un clima y una dinámica fundamental para garantizar la fecundidad del encuentro (Spradley, 1979: 55-67); es un tipo de entrevista sustentada en una relación social a la vez que fundada en un ejercicio conjunto de construcción de conocimiento.

Recién en los barrios Santa Paula y Santa Rita, comenzamos a levantar algunas cosas, principalmente botellas verdes de sidra y vino. Luis recogía de los cestos de las casas o al grito de «botellero» la gente se acercaba a darle sus botellas vacías. También levantamos algunos trozos de hierro [...] Como el día estaba lluvioso, dieron alguna contramarcha para salir a hacer el recorrido. Después de una fuerte tormenta, salieron a cirujear. El carro de Luis llevaba una frase escrita que dice «Que Dios te dé el doble de lo que me deceas [sic]», palabras que tenían la intención de retrucar los malos deseos, la discriminación de quienes con un sentimiento despectivo lo ven cirujear [...] «Ahí vino el maestro de cirujas», exclamó Karina anunciando mi llegada, con una sonrisa cómplice que le achinaba la cara y que permitía aliviar las tensiones entre el visitante y los visitados. En sí, yo también soy un ciruja, cirujeo historias, vidas cotidianas que están ahí, en la calle, en la ciudad, en donde sea... para ser recogidas, reordenada y depositadas en un texto (Registro de campo, correspondiente a una investigación llevada a cabo por el antropólogo Suárez [2003: 300] sobre cartoneros y el cirujeo).

El registro

El registro de la información constituye uno de los elementos clave de la OP. Es con dichos registros con los que el etnógrafo trabaja. Constituye la fuente imprescindible para el análisis y el desarrollo de la investigación. Así, si bien es imposible registrar todo, todo es factible de ser registrado en cuanto puede constituir una información relevante o un dato potencial de nuestra investigación. Los registros no solo comprenden las notas de campo en sus distintas formas, sino también grabaciones, fotografías, material audiovisual en general, que pueden constituirse en un insumo clave para la investigación. De este modo, los registros se constituyen en la herramienta imprescindible del trabajo etnográfico, a la vez que constituyen el ámbito donde se fragua diariamente el mismo.

Hay una primera instancia del registro vinculada con el relevamiento que el observador realiza in situ, a partir de su capacidad de percibir, sentir, intuir, interpretar en el curso de la observación participante. Se vincula con los «sensores» del propio investigador, aquello

que su mirada y sus apreciaciones en el campo le han dado y que «le han impresionado» inicialmente, pero también con aquellas observaciones de la realidad que considera relevantes a partir, precisamente, del «posicionamiento etnográfico», y que apunta en su «cuaderno de campo». La segunda instancia se relaciona con un momento de profundización del registro en cuanto práctica y ejercicio de la escritura concretizada en las notas (Flick, 2004: 185). Al respecto debemos señalar que existen distintas maneras de encarar el registro. Así, mientras algunos apelan a diferenciar entre las «notas» y el «diario», otros trabajan en torno a un «registro único». De todas formas, más allá de la opción utilizada, resulta fundamental la diferenciación de los distintos niveles de escritura que están implícitos en el registro, en el que emergen instancias vinculadas con la descripción de la observación, pero en el que es necesario distinguir las categorías nativas, los testimonios y/o expresiones de los entrevistados, de las categorías, apreciaciones, experiencias e interpretaciones del etnógrafo.

Resulta interesante al respecto lo planteado por Spradley (1979: 9), que señala la existencia de diferentes tipos de «notas de campo», que pasaremos a explicitar.

El *informe condensado* se corresponde con las notas a las que hemos hecho referencia, que se realizan in situ y que permiten registrar frases sueltas o incluso inconexas que luego pueden ser reconstituidas o completadas. Algunos autores hacen alusión a notas de campo provisionales o «notas en bruto», también llamadas «notas de señalamiento» (Arborio y Fournier, 2005: 54). Se trata de notas rápidas, tomadas en algún momento disponible en el campo y consignan, en forma sintética o abreviada en nuestro cuaderno de campo, aquellos aspectos que el investigador quiere consignar, marcar, de manera de poder trabajar en profundidad posteriormente. Muchas veces dichas notas no constituyen más que una frase, una palabra, una imagen que actuará como disparadora o activante de nuestra memoria y que permitirá, más tarde, una tarea de recuperación y de profundización. Constituyen un insumo fundamental para el registro último.

En el *informe ampliado* se lleva a cabo una explicitación detallada de lo observado y sucedido en el campo. Son aquellas notas que el investigador desarrolla con minuciosidad, recuperando las anotaciones provisionales en el campo, a la vez que registrando la descripción de su observación acompañada por todas aquellas impresiones, reflexiones personales, comentarios y análisis que considera pertinentes. Me detendré especialmente en estas últimas. Si bien hay distintas modalidades de llevar adelante las notas (véase el cuadro en la pág. 132) centraré la reflexión en este punto, en el registro de la observación que conforma el insumo fundamental de la nota y sobre el que se explicitarán comentarios y otras apreciaciones analíticas que pueden resultar importantes para nuestra próxima presencia en el campo. También

aquí encontramos distintos aportes de investigadores con relación a las varias modalidades de llevar a cabo las mismas. Una instancia que no hace más que afirmar el fuerte carácter «artesanal» implícito en el desarrollo del oficio etnográfico, en el que la forma, como las singularidades de los registros, están estrechamente vinculadas con las decisiones y estilos de trabajo de campo que despliega el etnógrafo. Pasaremos, sin embargo, a puntualizar algunas instancias relevantes a considerar en la realización de los mismos.

El registro en cuestión implica una primera descripción en la que han de estar presentes todos aquellos aspectos que han conformado la «observación en el campo». El registro de la observación converge sobre una descripción en la que aparecen escenarios y un amplio espectro de manifestaciones que abarcan desde actores hasta procesos sociales, desde situaciones hasta acontecimientos imprevistos, desde movimientos y circulaciones, hasta actividades y objetos. También aquí encontramos diversas recomendaciones posibles, aunque en términos generales me detendré en mencionar la importancia de explicitar una descripción que abarque el «espacio físico» (esquema gráfico incluido), los actores sociales involucrados, las actividades realizadas, los objetos existentes, la circulación de los actores en el escenario y los acontecimientos producidos. Una descripción de la que no deben estar exentas las apreciaciones y los sentimientos desplegados o generados en la observación.

Aspectos a considerar en el registro	
<ul style="list-style-type: none"> – Las notas deben ser completas, precisas y detalladas – Debe registrarse todo lo observado – Se debe tener en cuenta la fecha, hora y lugar – Escenario: descripción – esquema gráfico – Los actores sociales / los objetos – Las actividades / los acontecimientos / los procesos – El clima / el universo simbólico 	<ul style="list-style-type: none"> Apreciaciones / sentimientos Intuiciones / comentarios Diálogos Vocabulario / frases Asociaciones / hipótesis de trabajo

Es importante no utilizar apreciaciones que impliquen en sí un juicio de valor o una evaluación de las personas o de la situación, sino descripciones que se refieran a lo que el investigador «observa» (por ejemplo, decir «estaba pobremente vestida» en lugar de describir cómo estaba vestida). De igual forma, deben ser diferenciadas claramente

las intervenciones o declaraciones de los informantes de aquellas producidas por el investigador, colocando y distinguiendo cada una de ellas con signos adecuados (comillas, paréntesis, corchetes, etc.). Por ejemplo, utilizar las comillas para enmarcar las afirmaciones textuales y los paréntesis para distinguir las del investigador. La descripción debe ser lo más completa y minuciosa posible, incorporando todos los aspectos que el investigador ha detectado, señalando adecuadamente en la misma, en las partes que correspondan y de la manera adecuada, sus apreciaciones personales. Así, comenzando desde «observaciones» de situaciones, actores y objetos, pasando por actividades y recorridos hasta conversaciones y/o entrevistas con los actores sociales, han de constituir el contenido fundamental de las mismas. En otras palabras, lo que vemos en el campo, lo que escuchamos, lo que percibimos, lo que intuimos, todo pasa a ser registrado, con el debido cuidado de identificar claramente de qué se trata cada una de dichas instancias. Al respecto debemos tener en cuenta la relevancia que las *apreciaciones personales*, la *capacidad de sentir* y las *impresiones* en general tienen para el investigador. Es a través de ellas que el investigador se relaciona socialmente, realiza sus primeras interpretaciones y establece vínculos. De allí, entonces, la importancia de dar visibilidad tanto a las intuiciones como al lenguaje de sentimientos que ha acompañado nuestra presencia y nuestras interpretaciones en el campo. Una palabra de un entrevistado, o el gesto de alguno de los individuos que llamó la atención en el transcurso de la acción social, la mirada de otro o la frase sugestiva, distintas instancias frente a las cuales uno ha sentido, asociado o intuido algo. Elementos presentes de una u otra forma en la observación, que fecundan con las pequeñas y generalmente subvaloradas apreciaciones subjetivas, la riqueza de una realidad sumamente compleja pero fundamentalmente humana y, por eso, accesible a nuestra básica y fundamental condición de seres humanos. Apreciaciones relevadas que dan lugar a un proceso complejo de registro, análisis e interpretación que convergerán en la descripción etnográfica.

Cuadro 3.1

Registro: Viaje a Mailín (se trata de un pueblito ubicado a 180 km de la ciudad capital de Santiago del Estero y a unos 1200 km de Buenos Aires. Allí se venera a un Cristo y todos los años concurren miles de peregrinos, especialmente migrantes, que ese día retornan a su tierra).	
«Lentamente varias personas se van reuniendo sobre la vereda de la agencia de viajes en la ciudad de San Miguel en el Gran Buenos Aires. Hombres y mujeres adultos, algunos aparentemente solos, otros en pequeño grupos, una pareja de ancianos, mujeres con niños, en fin, un expectante número de <i>viajeros</i> esperando sobre el final de esa tarde de viernes de fines de mayo, la llegada del colectivo	A7

que los ha de conducir hasta la provincia de Santiago del Estero. Todos ellos tienen un objetivo común, *trasladarse al pueblito de Mailín* en dicha provincia, donde se lleva a cabo la celebración de la Fiesta del Señor de los Milagros. La mayoría de los presentes son santiagueños y aun con diversidad de historias tienen en común *haber emigrado* de la provincia hace muchos años. Algunos nunca habían vuelto hasta ese momento, otros lo hacen periódicamente para ver a sus familiares o participar de acontecimientos especiales que de una u otra forma tienen que ver con su familia y sus paisanos. Todos comparten un mismo anhelo... *volver*... aunque sea solo por algunas horas, pero volver... (El micro avanzaba raudamente por la ruta, el silencio o la timidez de las primeras horas fue reemplazado paulatinamente por la música y la alegría de los que sentían que volvían, que nuevamente estaban en Santiago. Todos los pasajeros eran a su manera *peregrinos*, hombres y mujeres transitando un camino, esta vez de regreso [...]) Sobre la tira interminable del asfalto, el micro continúa su marcha. En su interior comienzan a multiplicarse los diálogos y las historias personales. "A mí me encanta el monte... tengo tantos recuerdos, yo veo las chicas hoy en la ciudad y nada que ver con lo nuestro... nosotras pareceríamos varones (por ella y la hermana), hacíamos de todo... y nos encantaba [...] cómo trabajábamos [...] hasta hace muy poco tiempo, cuando vivía todavía mi mamá y yo venía a verla cada tanto, me ponía a hacer cosas, mi hijo me decía: pero mamá, pero yo era como que rejuvenecía [...] Ahora mi mamá no está... y yo *volver, volver definitivamente no*, por mis hijos... si fuera por mis hijos sí... pondríamos con mi hermana un bar..."»

«Con las primeras luces de la madrugada, una madrugada grisácea y con nubes que comenzaban a chispear, hicimos nuestro *ingreso a Mailín*. Un ingreso lento [...], encolumnados detrás de una gran caravana de micros que desde distintos lugares intentaban también entrar en la villa. Finalmente, luego de varias vueltas, logramos colocarnos junto a cuatro de ellos, en un descampado que había sido preparado, junto a tantos otros, como "estacionamiento y residencia forzada..."»

«una vez vine a conocer Mailín y fue como si hubiera sentido una electricidad, me dije iré a la fiesta, pero me olvidé hasta que un día lo soñé y a partir de allí comencé a preocuparme por *estar presente* en la fiestas, pero no solo yo, una amiga mía también se decidió así empezamos a organizarnos para nuestra *peregrinación* de cada año...»

«[...] siempre vuelven, por eso vengo a vender para la fiesta porque seguro van *a estar*, que se sacrifican durante el año pero *hoy están*.»

Registro de una etnografía sobre el viaje (peregrinación) con migrantes santiagueños al Santuario del Cristo desde el Gran Buenos Aires. Vinculado al texto «Para una hermenéutica de la peregrinación» (Ameigeiras, 2000).

B 1

C1

D 1

C 2

C3
D2

J 5

D 9

J7

Cuadro 3.2
Registro: Viaje a Mailín

<p>«Había una impresión generalizada de que la Fiesta había terminado, o que al menos lo que quedaba de ella era muy poco. Como siempre, como en todo momento, pero mucho más ahora, se veían abrazos, apretones de mano, saludos, besos acompañados por el "hasta el año que viene si Dios quiere...", "hasta la próxima". El <i>reencuentro</i> se traducía rápidamente en despedida. "Cada año digo lo mismo, Dios dirá... <i>por mí vendría siempre...</i> pero Dios dirá..." El barro en las calles, por la lluvia de la víspera, dificultaba enormemente las maniobras de los grandes micros y camiones para salir de la Villa. Uno a uno, los puestos se fueron desarmando y un paisaje de cajones rotos, papeles tirados y basura, apareció dominando la estrechez de la Villa. Entre risas y bromas que intentaban trastocar un <i>sentimiento de tristeza y melancolía</i>, se afirmó el adiós de muchos <i>peregrinos</i>. Una larga fila de vehículos se fue formando para poder salir de la Villa, recorrer los 10 km que la separan de la ruta principal y retomar el camino decidido del <i>regreso</i>. Por las ventanillas del colectivo la imagen que permanece <i>es la de desolación...</i> los mailneros residentes miran desde el costado de la calle, al margen del colosal desorden de las bocinas, los motores y los gritos. Un viento que revolea papeles por la calle preanuncia que las nubes comienzan también a dispersarse. Sobre la tarde de Mailín, asoma finalmente el sol [...] "<i>Cuesta irse</i>", le comento a un compañero de viaje. "<i>Cuesta volver</i>", me contesta.»</p> <p>Registro etnográfico: viaje a Mailín. Registro vinculado al texto «Para una hermenéutica de la peregrinación» (Ameigeiras, 2000).</p>	<p>H 3 C 10</p> <p>L 6 D 8</p> <p>V 2</p> <p>L 7 V 3</p>
---	--

Aclaración registro de notas

Se pueden elegir distintas formas de llevar a cabo el registro en las notas. En general se plantea un espacio dedicado a la descripción y otro espacio vinculado con las observaciones, comentarios, codificaciones, llamados, etc. Lo importante es diferenciar en el registro los distintos niveles en juego respecto de interpretaciones personales, expresiones del entrevistado, categorías propias, etc. En algunos casos esto requiere de ciertas anotaciones especiales que permitan distinguirlos, en otras se prefiere su identificación al margen. Por otro lado, algunos optan por llevar a cabo sus notas en un cuaderno, utilizando solamente la página izquierda y dejando la página derecha libre, para codificar y realizar anotaciones en general. Otros prefieren utilizar todas las hojas dejando solamente, en cada una de ellas, un margen lo suficientemente amplio como para las anotaciones. Por último, están quienes utilizando todas las páginas prefieren colocar comentarios, observaciones y otros aspectos a continuación de la descripción.

En el ejemplo planteado se ha utilizado el margen para plantear la codificación. Se han identificado y/o seleccionado temas, se han adoptado categorías y se ha pasado a asignar una letra a cada categoría de codificación. Los números que acompañan a las mismas nos indican su ubicación en el texto (como también pueden hacer referencia a distintas relaciones o modalidades).

El diario de campo

Es un registro clave de la investigación. En él se vuelcan especialmente vivencias y experiencias generadas en el trabajo de campo. Se trata de un recurso que permite explicitar por escrito cierto tipo de observaciones a la vez que dar visibilidad a emociones, como sentimientos que se despliegan y transforman en el curso de la investigación. El diario constituye el ámbito fundamental para organizar la experiencia de la investigación, para exponer nuestras intuiciones a partir de los referentes empíricos que uno ha relevado en el campo. Pero, también, el diario conforma un espacio propicio para la explicitación de los cambios y de las transformaciones sentidas que acompañan el trabajo, desde el momento que lo comenzamos. Una oportunidad para detectar sesgos personales, situaciones o vivencias que pueden, de una u otra forma, incidir en el mismo. La relación entre lo personal, lo emocional y lo intelectual se transforma mediante el «análisis reflexivo» que encuentra en el «diario de campo» el espacio propicio de manifestación (Hammersley y Atkinson, 1994: 183). Para algunos investigadores el diario representa el registro fundamental de la investigación etnográfica, «en el que se inscriben paso a paso y desde los primeros momentos del proyecto las actividades del etnógrafo» e implica desde el registro diario de actividades y acontecimientos, pasando por registros de entrevistas o comentarios de lecturas, hasta hipótesis surgidas en el desarrollo del trabajo de campo (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 96). Es en esta instancia en la que se hace explícita la necesidad de tener en cuenta que el instrumento básico de investigación en la etnografía es el propio investigador, sus apreciaciones y experiencias, lo que siente y le pasa, distintas situaciones y acontecimientos vividos que confluyen en el proceso de construcción social del conocimiento.

Cuadro 3.3
Diario: Viaje a Mailín

«Después de tanto tiempo pude concretar el viaje [...] Fue largo pero valió la pena, conocí a varias personas con las que compartiré estos días. Sentí varias cosas, cansancio, el viaje por momentos se me hizo pesado y no veía la hora de llegar, tuve por otro lado un sentimiento que no puedo precisar, mezcla de satisfacción por el tipo de viaje que estoy realizando pero también de ansiedad y una cosa rara, me acordé mucho de mi abuela que se fue un día de España acompañando a una tía y nunca pudo volver [...] en un momento pensé, algo de esa migrante debe estar presente hoy en mí [...] el micro parece un conventillo con ruedas y "múltiples olores" especialmente a comidas [...] Mañana iré temprano al templete a ver la "cola" y luego me lo tomaré para recorrer el pueblo. Quedé con Pedro, unos de los peregrinos que viene todos los años, de ir a comer juntos a un lugar, me va a presentar a unos amigos...»

Diario: viaje a Mailín. Registro vinculado al texto «Para una hermenéutica de la peregrinación» (Ameigeiras, 2000).

Desde esta perspectiva, los comentarios en el diario que acompañan cada una de las notas de campo (que contiene impresiones, asociaciones, interrogantes), las anotaciones complementarias sobre las implicancias teóricas de los temas relevados, como la realización de fichas temáticas, conforman elementos que fecundan el proceso de la investigación en curso y consolidan el análisis «preliminar» de los datos. De esta manera se comienzan a reformular problemas que producen interrogantes e hipótesis de trabajo, a partir de las cuales pueden generarse nuevas instancias de relevamiento y profundización de la información en el campo, marcando, de alguna manera, los pasos a transitar y gravitando en la focalización de las observaciones futuras.

Pero el etnógrafo no solo tiene que tender las redes en el lugar adecuado y esperar a ver lo que cae. Debe ser un cazador activo, conducir la pieza a la trampa y perseguirla en sus más inaccesibles guaridas [...] Si alguien emprende una expedición, decidido a probar determinadas hipótesis y es incapaz de cambiar en cualquier momento sus puntos de vista y de desecharlos de buena gana bajo el peso de las evidencias, no hace falta decir que su trabajo no tiene ningún valor. Cuantos más problemas se planteen sobre la marcha, cuanto más se acostumbre a amoldar sus teorías a los hechos y a ver a los datos como capaces de configurar una teoría, mejor equipado estará para su trabajo (Malinowski, 1995: 26).

Notas de análisis e interpretación

Así, las distintas apreciaciones e informaciones registradas deben dar lugar a un *análisis* que permita comenzar a «desbrozar» la madeja de relaciones y de significados en cuestión. Al respecto, debemos tener en cuenta que en etnografía «el análisis de la información no es un proceso diferente al de la investigación» (Hammersley y Atkinson, 1994: 191). Un tipo de análisis que se despliega a lo largo de todo el trabajo y que va transitando y replanteando problemas a la vez que apelando a distintas apreciaciones teóricas. El tema del análisis de los datos conlleva la necesidad tanto de una reflexión acerca de las modalidades del mismo, como también respecto de las vinculaciones entre la teoría y la descripción etnográfica.

En lo que hace al primero es necesario aclarar que la descripción realizada de lo sucedido y acontecido en el campo ya posee una instancia interpretativa implícita, a partir de la cual se ha de profundizar el análisis. Esto requiere de una lectura minuciosa del registro que permita recuperar para su realización, junto a las apreciaciones, la existencia de impresiones, sentimientos e intuiciones que acompañaron las anotaciones provisionales realizadas in situ. Una lectura a partir de la cual encontrar «pistas» que permitan acercarnos a la comprensión del sentido que la acción social tiene para los actores, como al «descubrimiento» de las tramas de significación en que los mismos despliegan su vida cotidiana. Una tarea de detección y desmenuzamiento de temas y subtemas, de diferenciación y de vinculación, de asociación y de comparación, inescindible de la reflexión teórica y el contexto conceptual de la investigación. Es necesario organizar y codificar la información, y a partir de ello generar matrices de datos, para lo cual la «identificación de categorías» pasa a ser una instancia crucial.

De esta manera, a medida que se leen las notas y se consideran los datos obtenidos en el trabajo de campo surgen ideas, asociaciones, comparaciones, imágenes vinculadas tanto con otras investigaciones como con teorías que deben ser tenidas adecuadamente en cuenta. De allí que Hammersley y Atkinson (1994: 180) recomiendan la construcción de lo que llaman «desarrollos analíticos» en forma de memorias. Se trata de notas que contribuyen tanto a destacar información como a plantear relaciones, identificar temáticas, sugerir hipótesis y producir una reflexión teórica a partir de los mismos datos empíricos de la investigación. Memorias que pueden combinarse, a su vez, con fichas relacionadas con las categorías y temas identificados (véase Anexo).

En segundo lugar, considero necesario tener en cuenta los aspectos involucrados con el análisis de los datos, una instancia que requiere de una reflexión acerca de las modalidades de dicho análisis en el que se despliega la singularidad del proceso interpretativo y las vinculaciones entre la teoría y la descripción etnográfica. Una temática alre-

Cuadro 3.4
Matriz de datos

«Mire, yo siempre <i>vuelvo</i> cuando puedo... donde veo que puedo me largo nomás... no me pregunte por qué, antes sí, por mi madre, pero ahora ni la chacra nos quedó, pero aquí me tiene, <i>volviendo</i> otra vez...»	Volver	C	El volver ¿A dónde? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Retorno? ¿A dónde?
«Siempre vuelven, por eso vengo a vender para la fiesta porque seguro van <i>a estar</i> , que se sacrifican durante el año pero hoy están.»	Estar	J	¿Se trata de estar en un lugar? ¿Qué significado tiene ese lugar?
«Todos los años nos <i>encontramos</i> con mis hermanos en Mailín. Siempre viene alguno. Sabemos donde encontrarnos. Yo voy allí y allí seguro que alguno está...»	Encuentros	H	¿Encuentros con quién? ¿Para qué?
Todos los pasajeros eran, a su manera, <i>peregrinos</i> , hombres y mujeres transitando un camino, esta vez de regreso [...]»	Peregrinos	D	¿Peregrinos / devotos?
Entre risas y bromas que intentaban trastocar un <i>sentimiento de tristeza y melancolía</i> , se afirmó el adiós de muchos <i>peregrinos</i> .	Sentimientos	L	¿Es un sentimiento nostálgico?
Las matrices de datos nos permiten contar con un cuadro general de los datos codificados (incorporando transcripciones de los textos) correspondientes a las categorías, a la vez que observaciones, preguntas o ideas vinculadas a las mismas.			

dedor de la cual resulta muy interesante lo planteado por Rockwell (1985) al distinguir, con relación a la misma, tres posiciones: la del «empirismo radical», «que propone un acceso atóxico, directo a la realidad», la «racionalista» que plantea la «formulación de relaciones y definiciones teóricas precisas, explícitas, previa a la observación», y una tercera, con la que coincide la autora, que sostiene que «durante el trabajo de campo y el análisis es necesaria la construcción teórica: la construcción de categorías y de relaciones conceptuales que permiten articular la descripción de determinada realidad» (Rockwell, 1985: 4). Desde otra perspectiva, Snow y Morrill (2003) insisten tanto en plantear una tendencia presente en muchos etnógrafos, que consiste en «descuidar la importancia teórica», como en señalar a la vez que proponen distintos caminos que permiten, precisamente, realzar «la importancia teórica y potencial de la investigación etnográfica». A partir del enfoque de la llamada «etnografía analítica» (Lofland, 1995), los autores avanzan en su reflexión sobre la temática, describiendo con minuciosidad distintas instancias en las que se fundamenta esta actitud de tratar el desarrollo teórico como una «caja negra» que lleva a descuidar la relevancia del «momento analítico» o no explicitar adecuadamente los procedimientos de análisis de los datos para presentar posteriormente tres caminos para profundizar y encarar el desarrollo teórico: lo que denominan como «descubrimiento teórico» enmarcado en los planteos del «descubrimiento de teoría a partir de los datos» (Glaser y Strauss, 1967); el proceso de «extensión teórica», donde se «amplía la preexistencia de formulaciones teóricas o conceptuales a otros grupos o agregados, a otros contextos [...] o a otros dominios socioculturales»; y en tercer lugar el llamado «refinamiento teórico» consistente en la modificación de la existencia de perspectivas teóricas por la extensión o por la inspección cercana de una proposición particular con el nuevo material de caso» (Snow y Morrill, 2003: 4-7). De lo que se trata finalmente es de aprovechar y profundizar el potencial teórico de la etnografía.

Cuadro 3.5 Nota analítica

Aspectos vinculados con el «volver»

Aparecen distintos significados asociados al volver (véase A1/4/6/7/10).

Se destacan especialmente el volver en cuanto sentimiento (C1/C3/C5), el volver en cuanto transitorio pero permanente (C2/C3/C10), el volver vinculado con encuentros de distinto tipo (H1/H3/H4) y el volver vinculado con un compromiso que demanda estar (J2/J5/J7).

¿Podemos hablar de una polisemia o es conveniente hacerlo en términos de la «densidad simbólica» que acompaña en los informantes la explicación del término?

¿Podemos hablar de dicha densidad simbólica como de la instancia clave que alude a, como diría Ricoeur, las múltiples posibilidades de ser implícitas en el «volver»?

¿La negativa a establecer un volver que se traduzca en un permanecer allí definitivo puede ser leída como parte de una dinámica de ir y volver, de un movimiento que simboliza el gran movimiento y circulación de la vida del migrante?

(Véanse la ficha de Reboratti [«Se fue a volver»] y la del texto de Andizian, Catani y otros [«Vivir entre dos culturas»].)

Cuadro 3.6 Nota analítica

Aspectos vinculados con el «volver»

Hay una insistencia (véase A) en los informantes en relación a que «volver» es algo más que emprender el regreso. De allí en más podemos ver distintas apreciaciones (véase A y véase B). El «siempre vuelvo...» supone en primer lugar una decisión acompañada por una acción permanente. Se trata de incursionar el sentido presente tras dicha manifestación del «volver». Al respecto creo necesario hacer explícito un proceso complejo en el que el migrante incorpora siempre como un elemento inescindible de la «partida», la posibilidad del regreso. En esta perspectiva, «volver» no requerirá necesariamente «quedarse» sino mantener abierto el vínculo o «los vínculos». Al respecto es interesante la visión de Pachano respecto a esta relación entre la partida y el regreso o ir y volver (véase ficha temática Reboratti). La afirmación sobre el volver es más que una puerta abierta o un reaseguro contra el fracaso, es fijar «un lugar» con enorme densidad simbólica. Surge una pregunta: ¿el volver tiene que ver entonces con un lugar en el cual estar? (véase c). ¿Se vuelve a un «lugar» y se vuelve para algo, pero ese algo es solo para «estar»? ¿Qué significado tiene entonces ese estar? Uno de los informantes decía: «No crea que soy un santo, yo no voy a la Iglesia, pero venir a Mailín es otra cosa... aquí sí que no falto» (H5). Ese «aquí me tiene volviendo... otra vez», ¿abre el camino hacia un retorno permanente? Por otro lado, es importante lo planteado en relación a la significación del movimiento por Cambers (véase ficha). ¿Da una base para relacionar con la dinámica del volver, el percibirlo como un proceso casi circular presente en el retorno? ¿Qué imágenes están referenciadas con el volver en el migrante?

¿Podríamos conjeturar en torno a que mantener presente el deseo de volver es una manera para el migrante de sentirse arraigado en el lugar de la partida?

(Fuente: Notas de análisis. Registros viaje a Mailín. A. Ameigeiras.)

La salida del campo

Toda investigación se despliega no solo en un espacio sino en un tiempo, y así como ha habido un tiempo que marcó el ingreso y la inser-

ción en el campo, hay un tiempo para la salida del mismo. Dicho tiempo está marcado en general por la consideración del etnógrafo en el marco de las relaciones sociales y el proceso que ha llevado a cabo en su permanencia en el campo. Asimismo, si el ingreso al campo requirió de una preparación tanto a nivel teórico-metodológico como personal, la salida del campo requiere ser planteada en términos semejantes, en cuanto que se ha tratado de relaciones con otros sujetos con los cuales se han establecido vínculos y compartido distintos momentos. En cuanto tal, es importante dar a conocer la partida y, más aún, prepararla, como ocurre con cualquier otra relación que se establece en la vida cotidiana. En segundo lugar, la salida del campo implica la terminación de una etapa y, por lo tanto, deben agotarse las instancias pendientes de relevamiento de información que sean consideradas importantes para la investigación, como organizar toda la documentación, notas y materiales en general que hemos podido recabar durante la misma.

¿Cómo se elabora el texto etnográfico?
¿Qué significa llevar a cabo una «descripción densa»?
¿Cuál es la relación entre la descripción y la teoría?

4. El texto etnográfico

He avanzado en el desarrollo del proceso etnográfico de manera de arribar ahora a la consideración del «producto etnográfico» o, en otras palabras, a la elaboración del «texto etnográfico». El desafío de elaborar el mismo supone la realización de varias tareas previas, factibles de ser puntualizadas en la organización de la información relevada, y fundamentalmente el análisis de la misma y la redacción de la etnografía.

La organización y análisis de la información relevada

La organización y análisis de la información supone una tarea de sistematización y clasificación del material relevado en el campo. No solo contamos con los registros escritos, con relación al diario de campo, sino, a su vez, con documentación, fichas, anotaciones y otro tipo de registros que hemos realizado en el campo (fotográficos, audiovisuales en general). Una organización del material que no solo puede requerir de una reorganización sino también de una redefinición del proyecto. De allí en más, se pasa a una nueva instancia de análisis, que no constituye la iniciación de una etapa, sino, por el contrario, la profundiza-

ción de un proceso de interpretación y de análisis que se ha desplegado a todo lo largo del trabajo etnográfico en el campo. Como señala Laplantine (1996: 102): «La relación del etnógrafo que describe un fenómeno social y este fenómeno, es no solamente una relación significativa, sino una relación que moviliza una actividad; la interpretación del sentido».

Se trata de una instancia en la que, desde la minuciosa y rigurosa tarea de «relectura de los datos», atendiendo tanto la consideración de los puntos de vista y apreciaciones de los actores como sus actitudes y comportamientos, pasando por el análisis y apreciación de los fenómenos hasta la relación entre los conceptos utilizados por los actores y los conceptos implementados por el investigador, se recorre una amplia gama de procedimientos y modalidades de análisis tendientes en última instancia a «desentrañar estructuras de significación» (Geertz, 1995: 24). Un tipo de «desentrañamiento» que constituye el sentido fundamental de la descripción etnográfica, especialmente en la perspectiva denominada por el mismo Geertz como «descripción densa».

Puede uno (y en verdad esa es la manera en que nuestro campo progresa conceptualmente) adoptar una línea de ataque teórico desarrollada en el ejercicio de una interpretación etnográfica y emplearla en otra procurando lograr mayor precisión y amplitud, pero uno no puede escribir una Teoría General de la Interpretación cultural. Es decir, uno puede hacerlo, solo que no se ve gran ventaja en ello, porque la tarea esencial en la elaboración de una teoría es, no codificar regularidades abstractas, sino hacer posible la descripción densa, no generalizar a través de casos particulares, sino generalizar dentro de estos (Geertz, 1995: 36).

Es un tipo de descripción fundamentalmente «microsocial» e «interpretativa», donde parte del desafío del etnógrafo pasa por «captar la variedad de significados y hacerlos accesibles situándose en el punto de vista de los actores» (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 49). El desafío interpretativo constituye, desde esta perspectiva, el eje vertebrador del análisis. Una instancia de «desciframiento» que supone una rigurosa tarea de relevamiento y análisis, de conjeturas e hipótesis de trabajo que serán, una y otra vez, contrastadas en el trabajo de campo. Pero es una búsqueda de sentido que exige un esfuerzo hermenéutico a partir del cual es posible la comprensión del «otro», el relevamiento de su punto de vista. Se trata de un tipo de «desentrañamiento» que, a su vez, conlleva el desafío de profundización como de generación de teoría, y en el que el desafío interpretativo ocupa un lugar vertebrador de toda la estrategia teórico-metodológica.

Una característica importante de la etnografía es que, en vez de confiar en nuestro conocimiento previo de los casos relevantes para la

formulación de las ideas teóricas que deseamos desarrollar, el proceso de generación teórica se estimula en contacto con el material nuevo. De esta forma se maximiza la fertilidad de la imaginación teórica (Hammersley y Atkinson, 1994: 194).

La escritura final del texto etnográfico implica así diversas decisiones de carácter teórico-metodológico, vinculadas tanto con la organización del material y de la información en general como con el «ordenamiento y despliegue» de temas, subtemas, acontecimientos, testimonios y argumentaciones en general.

La redacción de la etnografía

La redacción de la etnografía supone en primer lugar la elección acerca del tipo de monografía a escribir, lo cual siempre implica una decisión del etnógrafo acorde con su perspectiva, objetivos, estilo y, fundamentalmente, con su capacidad creativa. Sin embargo, quiero hacer alusión a la existencia de tres formas monográficas predominantes: la de historia natural, la biográfica y la temática. En el primer caso se trata de un tipo de exposición etnográfica que explicita una «secuencia selectiva de los hechos más significativos». En el segundo se trata del «modelo biográfico» que abarca a su vez un amplio espectro de manifestaciones (estudios de biografías, de familia, de comunidades); el tercero, finalmente, implica un abordaje de temas con una perspectiva más académica (Castro, 1995: 227). Así, el desafío de escribir coloca al etnógrafo ante la necesidad de elaborar una «estrategia textual» que lo conducirá a asumir una manera de organizar el texto. La utilización de una forma de organización que enfatiza el trabajo con «diferentes niveles de generalidad o especificidad», como también la apelación a modalidades de separación de «la narración del análisis» (Hammersley y Atkinson, 1994: 241), constituyen recursos disponibles para llevar a cabo la tarea.

En relación a la experiencia a la que venimos haciendo alusión, hemos optado en su momento por llevar a cabo una redacción que respetara la secuencia en que se fueron manifestando los hechos, analizando los mismos en particular pero abordando luego una instancia reflexiva general relacionada con la realidad del «aquí» (el Gran Buenos Aires, lugar de partida de los migrantes) y el «allá» (lugar de llegada de los mismos). Abordamos así:

- 1) El viaje de ida / La llegada / La noche mailinera / La celebración central / El viaje de vuelta.
- 2) Aquí y allá o las dos caras de un mismo fenómeno.
- 3) Para una hermenéutica del fenómeno mailinero.

Cuadro 3.7
Texto

«Las migraciones aparecen en gran medida, pero en el caso de los santiagueños muy especialmente, fundadas en motivos ciertos y entendibles de falta de trabajo o búsqueda de mejores motivos y condiciones de vida, sin embargo, el cambio y las transformaciones que suponen el pasaje a la vida urbana involucran un costo de enormes consecuencias personales y familiares. No se trata solo de emprender un traslado desde lo rural a lo urbano con todas las consecuencias personales y familiares que ello tiene. Está en juego algo más y ese adicional no es otro que un compromiso contraído íntimamente de regreso, de resguardo firme de lo vivido, de afincamiento definitivo en un lugar y espacio determinado. Porque de lo que se trata es precisamente de desentrañar el sentido, de descender hasta la comprensión profunda de una decisión que no resulta exclusivamente desde la oportunidad del tiempo o la posibilidad de un recurso. El volver supone entonces para quien emigró un nuevo movimiento. Por un lado un retorno a sí mismo, hacia la fuente de la interioridad de sus vivencias, pero también hacia el reencuentro con “el suelo” donde creció, donde cultivó sus primeros vínculos. Por otro lado una búsqueda de los “otros”, concretizados en la presencia de “sus parientes”, sus co-provincianos, sus amigos [...] Recorridos impresos en la memoria de muchos santiagueños [...] pero recorridos plenos de tensiones y conflictos que conforman verdaderos laberintos de nostalgia y crisis de identidad, frente a los cuales la vuelta significa siempre un desafío. El desafío de encontrar [...] que no es otra cosa que la necesidad de encontrarse...» (Ameigeiras, 2000: 139).

Las características del estilo etnográfico también han sido motivo de una profunda reflexión en el marco de una preocupación generalizada en los últimos tiempos por la escritura etnográfica. Al respecto, Van Maanen (1988: 45-101) presenta una tipología de estilos de escribir monografías que pondera la significación de la creatividad implícita en la tarea del escritor. Manifiesta, así, la existencia de tres estilos: realista, confesional e impresionista. Un primer tipo, en el que el etnógrafo intenta reflejar «lo que ve y oye», conservando una cierta distancia; un segundo tipo que permite visualizar la presencia de un «investigador comprometido», y un tercer estilo caracterizado por partir de la «perspectiva del actor» y la percepción del mismo de las situaciones, especialmente de las llamadas «situaciones límite» (Forni, 2000: 1).

[...] un volver al pago que le permite replantear su relación con la habitualidad de su existencia en el medio urbano. Una manera de superar las tensiones entre el arraigo y el desarraigo recomponiendo posiciones y referencias existenciales [...] un volver, no para quedarse, sino para volver a empezar (Ameigeiras, 2000: 139).

5. Replanteos y debates acerca de la etnografía

Me interesa en este punto hacer alusión a algunos aspectos vinculados con los replanteos y debates que han atravesado a la antropología en los últimos años y que de hecho inciden directamente en la forma de hacer etnografía. Luego de momentos clave marcados por el surgimiento científico de la disciplina, la constitución de su objeto y el despliegue de la etnografía como el método imprescindible para el abordaje del mismo, nos encontramos con un período, en el contexto de la posguerra (como ya señalamos), de replanteos teóricos y metodológicos. Un período que abrió el campo disciplinar hacia nuevas búsquedas en ámbitos socio-históricos signados por procesos de descolonización que afectaron profundamente el ejercicio del oficio antropológico.

Sin embargo, no terminaron allí los cuestionamientos, sino que las últimas décadas del siglo XX, en el marco de los procesos de globalización y la llamada «posmodernidad», han colocado sobre la mesa de discusión nuevos planteos que sustentan la necesidad de redefinición del oficio antropológico. Del reconocimiento de la relevancia de la «descripción densa», se transita hacia la relevancia de los «textos» y de los etnógrafos como escritores. Una situación que algunos autores describen como el pasaje del realismo a la ficción y que, en términos generales, tiene que ver tanto con las formas de representación y los «géneros narrativo-descriptivos» como con una profunda reflexión crítica sobre el ejercicio de la antropología y la forma de hacer etnografía (García Canclini, 1991: 58). Una situación enmarcada en un período de crisis que «surge de la incertidumbre sobre los medios adecuados para describir la realidad social y que implica un desplazamiento de los debates teóricos hacia el método, la epistemología, la interpretación y las formas discursivas de presentación o representación» (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 73). Una crisis que hace manifiesta la relevancia del investigador involucrado no solamente en el proceso de campo sino en el mismo texto, colocando en un plano central la figura del etnógrafo como escritor y la problemática emergente de la «autorización de los textos etnográficos». Pero, también, la crisis alude a la explicitación de una instancia posmoderna en la que se pasa, de dicha relevancia del etnógrafo, a una situación en la cual se afirma la primacía del carácter de «género de ficción» presente en la etnografía, sobre el objetivo de construir un conocimiento sobre los «otros»; y en la que se enfatiza, a su vez, la búsqueda de una nueva ciencia social que incluya a ese «otro», teniendo en cuenta la aparición de «una cacofonía de voces» y donde, junto con planteos de carácter poético o periodístico, de género o de clase, de raza o de etnia, emergen también las preocupaciones y planteos acerca del llamado «tercer mundo», como con relación a un

«crítico moral» (Denzin y Lincoln, 1994). Un momento en el cual tampoco están ausentes las voces que, aun enfatizando la relevancia de la escritura, no dejan de sostener que «no hay forma de evadirse del peso de la autoría», donde se considera tanto los desafíos e implicancias del «estar allí» como del «estar aquí», a la vez que se advierte acerca de los riesgos de una «ventriloquia etnográfica», de la «autoría difusa» o del «positivismo textual» (Geertz, 1997: 150-155). Al respecto Reynoso (1992: 28), analizando el desarrollo de la llamada antropología posmoderna plantea que es posible distinguir tres líneas claramente marcadas. Una primera línea *meta-etnográfica*, «cuyo objeto de estudio no es ya la cultura etnográfica sino la etnografía como género literario, por un lado, y el antropólogo como escritor por el otro», fuertemente sustentada por autores como J. Clifford, G. Marcus y M. Fischer (y en la que puede incorporarse en los últimos tiempos a C. Geertz); una segunda línea denominada como de *etnografía-experimental*, que plantea la necesidad de llevar a cabo la búsqueda de nuevas formas y corrientes de escritura etnográfica, en donde se destacan autores como V. Crapanzano y P. Rabinow; y, finalmente, una tercera línea denominada de *vanguardia*, cuyas figuras centrales son S. Tyler y M. Taussig, que ponen en cuestión el mismo conocimiento científico antropológico pero que, a su vez, avanza en lo que denomina «el estallido de los géneros literarios académicos».

Como podemos observar, no solo está en juego el reconocimiento de la «autoridad etnográfica», o la necesidad de reconsideración de las prácticas antropológicas, sino toda una concepción de la antropología que había marcado claramente los desarrollos de la misma desde sus comienzos científicos. Frente a la vigencia del llamado «realismo etnográfico», que supuso una visión consolidada en el tiempo de carácter ontológico y teórico-metodológico, han emergido nuevas perspectivas y enfoques que, desde la insistencia en la necesidad de reconocimiento de la presencia y subjetividad del etnógrafo en el texto, hasta la búsqueda de nuevas formas en las prácticas antropológicas, han generado un profundo y fecundo debate. Sin embargo, es necesario analizar cómo, más allá de algunas propuestas y afirmaciones que ponen en discusión los fundamentos mismos del conocimiento antropológico, las reflexiones generadas contribuyen a reconsiderar la relación de la etnografía con la escritura, la singularidad del texto etnográfico, el lugar del etnógrafo en el mismo, como también la relevancia del diálogo en la antropología. Así, la búsqueda de nuevas formas de escritura explicitadas a través de múltiples estilos narrativos tanto como la consideración de las subjetividades intervinientes en el proceso de investigación y escritura, a la vez que incrementan el desafío etnográfico, abren un campo de nuevas posibilidades de conocimiento. Un conocimiento etnográfico que posee limitaciones, pero, también, enormes potencialidades, que permiten tanto el despliegue fecundo de su planteo

teórico-metodológico, como su articulación con otras formas de abordaje de la realidad, en la investigación social.

Anexo: Fichas temáticas

Tema: «volver»

Texto 1: Reboratti, C. (comp.). 1986. *Se fue a volver*. México, Pispal-Cenep.

Carlos Reboratti, en una recopilación de estudios acerca de la problemática de la migración, logra sintetizar en el título una apreciación de profunda significación. Asume el título del trabajo de Simón Pachano «Se fue a volver», en donde plantea cómo dicho giro idiomático es más que eso. Dice textualmente: «Es la consideración de la ausencia como algo temporal. El viaje, la ida y la vuelta, no importan mayormente, lo que interesa mayormente es el volver. Irse a volver. Así decimos en la sierra. Así lo planteamos. Así lo planteamos cuando sabemos que nuestro lugar no está en donde vamos sino de donde salimos» (p. 20).

Destacar la relación ida / vuelta como parte integrante del viaje.

Otros aspectos: Significación de «lugar»/ «viaje». Da para profundizar. Véase el tema de lugar con lo de M. Augé y M. de Certeau.

(Fuente: Fichas temáticas. Registros viaje a Mailín, A. Ameigeiras.)

Tema: «movimiento» (migración / movimiento)

Texto 2: Chambers, Iain. 1995. *Migración, cultura, identidad*. Buenos Aires, Amorrortu.

El autor trabaja el tema de los «paisajes migrantes» (cap. 2) donde analiza el tema de la «partida». Dice: «Podría comenzar por considerar al movimiento no como un incómodo intervalo entre un punto de partida y de llegada establecidos, sino como un modo de ser en el mundo» (p. 71).

Destacar: El concepto de movimiento como parte integrante del tema de la migración.

(Fuente: Fichas temáticas. Registros viaje a Mailín, A. Ameigeiras.)

Bibliografía recomendada

Aguirre Baztán, A. (ed.). 1995. *Etnografía*. Barcelona, Boixareu Universitaria, Marcombo.

Denzin, N. K. 1997. *Interpretative Ethnography. Ethnographic Practices for the 21st Century*. Thousand Oaks, California, Sage.

Guber, R. 2001. *La etnografía*. Buenos Aires, Norma.

Hammersley, M. y Atkinson, P. 1994. *Etnografía*. Barcelona, Paidós.

Laplantine, F. 1996. *La description ethnographique*. París, Nathan.

Spradley, J. 1979. *The Ethnographic Interview*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.

Referencias

- Agar, M. 1992. «Hacia un lenguaje etnográfico», en C. Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.
- Aguirre Baztán, A. (ed.). 1995a. *Etnografía*, Barcelona, Boixareu Universitaria, Marcombo.
- . 1995b. «Etnografía», en Aguirre Baztán, A. (ed.), *Etnografía*, Barcelona, Edit. Boixareu Universitaria, Marcombo, pp. 3-19.
- Ameigeiras, A. 2000. «Para una hermenéutica de la peregrinación». *Stromata* 56 (I), pp. 123-143.
- . 2001. «Con el Cristo a cuestras – Identidad y religión en migrantes santiaqueños en el Gran Buenos Aires». *Revista Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 47 (I), pp. 181-199.
- Arborio, A. M. y Fournier, P. 2005. *L'enquête et ses méthodes: L'observation directe*. 2ª ed., Col. 128 Sociologie, París, A. Colin.
- Boivin, M., Rosato, A. y Arribas, V. 1999. *Constructores de otredad*. Buenos Aires, Eudeba.
- Borges, J. L. 1971. «El etnógrafo», en *Otras inquisiciones*. Buenos Aires, Emecé.
- Bruyn, S. 1972. *La perspectiva humana en sociología*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Castro, F. V. 1995. «Tipos de monografías etnográficas», en A. Aguirre Baztán (ed.), *Etnografía*. Barcelona, Boixareu Universitaria, Marcombo.
- Clifford, J. 1992. «Sobre la autoridad etnográfica», en C. Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.
- Copans, J. 2005. *L'enquête ethnologique de terrain*. París, A. Colin.
- Coulon, A. 1995. *La etnometodología*. Buenos Aires, Teorema.
- Creswell, J. 1998. *Qualitative Inquiry and Research Design. Choosing among Five Traditions*. Thousand Oaks, California, Sage.
- Denzin, N. K. 1997. *Interpretative Ethnography. Ethnographic Practices for the 21st Century*, Thousand Oaks, California, Sage.
- Denzin, N. K. y Lincoln, Y. S. 1994. «Introduction: entering the field of qualitative research», en N. K. Denzin e Y. S. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, California, Sage Publications.
- Estermann, J. 1996. «Hacia una filosofía del escuchar: perspectivas de desarrollo para el pensamiento intercultural desde la tradición europea», en R. Fornet Betancourt (ed.), *Kulturen der Philosophie*, Aachen, pp. 119-149.
- Flick, U. 2004. *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid, Morata.
- Forni, F. 1992. «Estrategias de recolección y estrategias de análisis en la investigación social», en F. Forni, M. A. Gallart e I. Vasilachis de Gialdino, *Métodos cualitativos de investigación social II*, Buenos Aires, CEAL, pp. 9-90.
- . 2000. *Seminario de Metodología Cualitativa – 6ª Exp. J. Van Maanen (caps. 1-5)*. 6º Reunión. Buenos Aires, CEIL, publicación interna.
- Frederic, S. y Soprano, G. (comps.). 2005. *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Buenos Aires, Unqui.
- Galindo Cáceres, L. J. 1998. *Sabor a ti*. México, Biblioteca Universitaria Veracruzana.

- García Canclini, N. 1991. «¿Construcción o simulacro del objeto de estudio? Trabajo de campo y retórica textual». *Alteridades*, 1, pp. 58-64.
- Garfinkel, H. 1967. *Studies in Ethnomethodology*. Englewoods Cliffs, Nueva Jersey, Prentice Hall.
- Geertz, C. 1995. *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.
- . 1997. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós.
- Glaser, B. y Strauss, A. 1967. *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*. Chicago, Aldine.
- Goetz, J. P. y Le Compte, M. 1988. *Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa*. Madrid, Morata.
- Gómez Pellón, E. 1995. «La evolución del concepto de etnografía», en A. Aguirre Baztán (ed.), *Etnografía*. Barcelona, Boixareu Universitaria, Marcombo, pp. 40-41.
- Grimson, A., Lins Ribeiro, G. y Semán, P. 2004. *La antropología brasileña contemporánea*. Buenos Aires, Prometeo.
- Guber, R. 1991. *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Legasa.
- . 2001. *La etnografía*. Buenos Aires, Norma.
- Guber, R. y Visacovsky, S. 2002. *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Hammersley, M. y Atkinson, P. 1994. *Etnografía*. Barcelona, Paidós.
- Hermitte, E. 2002. «La observación por medio de la participación», en R. Guber y S. Visacovsky (comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Laplantine, F. 1996. *La description ethnographique*. París, Nathan.
- Lischetti, M. (comp.). 1994. *Antropología*. Buenos Aires, Eudeba.
- Lofland, J. 1995. «Analytic ethnography». *Journal of Contemporary Ethnography*, 24, pp. 30-67.
- Malinowski, B. 1967. *Una teoría científica de la cultura*. Buenos Aires, Sudamericana.
- . 1995. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona, Península.
- Marcus, G. 1994. «O que vem(logo)depois do "pos" o caso da etnografia». *Revista de Antropología*, 37, pp. 7-35.
- Marcus, G. y Cushman, D. 1992. «Las etnografías como textos», en C. Reynoso (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.
- Palerm Viqueira, J. 1992. «Guía para una primera práctica de campo», en *Guía y Lectura para una primera práctica de campo*. México, Cuadernos de Antropología, Universidad Autónoma de Querétaro.
- Peyrano, M. 2004. «A favor de la etnografía» en A. Grimson, G. Lins Ribeiro y P. Semán (comps.), *La antropología brasileña contemporánea*. Buenos Aires, Prometeo.
- Reynoso, C. (comp.). 1992. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa.
- . 1998. *Corrientes en antropología contemporánea*. Buenos Aires, Biblos.
- Rockwell, E. 1985. «La relevancia de la etnografía para la transformación en la escuela», en *Tercer Seminario Nacional de Investigación en Educación*. Colombia, Serie Memorias-Unión Pedagógica Nacional.

- Rose, D. 1993. «Ethnography as a form of life: the written word and the work of the world», en P. Benson (ed.), *Anthropology and Literature*. Urbana, University of Illinois Press.
- Schutz, A. 1972. *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires, Paidós.
- Snow, D. y Morrill, C. 2003. «Elaborating analytic ethnography». *Ethnography* 4 (2), pp. 181-200.
- Soprano, G. 2006. *La vocación kantiana de la antropología social. Ensayo sobre el diálogo etnográfico entre las categorías nativas y las categorías científicas del conocimiento social en el estudio de la política*. Documento de Trabajo. Buenos Aires, IDH-UNGS.
- Spradley, J. 1979. *The Ethnographic Interview*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- Suárez, F. 2003. «Historias arriba del carro», en E. Anguita (comp.), *Cartoneros, recuperadores de desechos y causas perdidas*. Buenos Aires, Norma.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. 1986. *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires, Paidós.
- Van Maanen, J. 1988. *Tales of the Field. On Writing Ethnography*. Chicago, University of Chicago Press.
- Vasilachis de Gialdino, I. 2000. «Del sujeto cognoscente al sujeto conocido: una propuesta epistemológica y metodológica para el estudio de los pobres y la pobreza», en *Pobres, pobreza y exclusión social*. Buenos Aires, CEIL-CONICET.
- . 2003. *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona, Gedisa.
- Velasco, H. y Díaz de Rada, A. 1997. *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid, Trotta.
- Visacovsky, S. 1995. «La invención de la etnografía». *Publicar* (IV) 5, pp. 7-25.
- Wright, P. 1998. «Etnografía y existencia en la antropología de la religión». *Sociedad y Religión*, pp. 16-17.
- Wright Mills, Ch. 1969. *La imaginación sociológica*. México, Fondo de Cultura Económica.